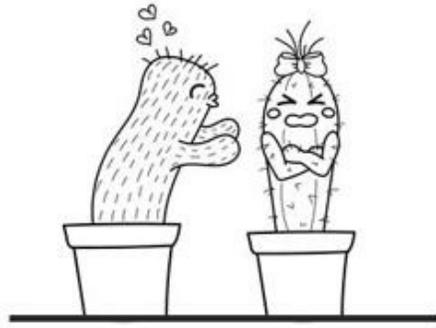




SH
ARANG
EE

*¡Sal de mi
Camino,
Valentín!*

"un choque de corazones"



¡SAL DE MI CAMINO, VALENTÍN!

Sarang Hee

ÍNDICE

[Agradecimiento](#)

[Intro](#)

[Episodio 1](#)

[Episodio 2](#)

[Episodio 3](#)

[Episodio 4](#)

[Episodio 5](#)

[Episodio 6](#)

[Episodio 7](#)

[Episodio 8](#)

[Episodio 9](#)

[Episodio 10](#)

[Episodio 11](#)

[Un Año Después...](#)

[Glosario](#)

AGRADECIMIENTO

Lector, una vez más agradezco enormemente tu fidelidad y apoyo para con mis escritos, lo he dicho antes, pero al parecer no me cansaré de dejarte saber que todo lo que escribo y el motivo por el que me siento horas frente a un computador a hilar historias y crear personajes, eres y siempre serás tú.

Espero con todo el corazón que en estas breves páginas logres hacer *clic* con los personajes y sus circunstancias.

El verdadero amante es el hombre que te puede emocionar con solo tocar la cabeza, sonriéndote a los ojos, o simplemente mirando fijamente al espacio. Tal caballero fuerte no tiene que ser dominante hacia las mujeres.

Algunas frases de Marilyn Monroe

“MI HISTORIA, Y LA SUYA”

Soy Aruba Lecter, sí, lo sé, tengo apellido de asesino caníbal, sin embargo, eso es algo que puedo explicar más adelante, el problema actual es otro y también tiene nombre y apellido; se llama Valentín de los Santos.

Y para que tengan una idea, les cuento que trabajamos juntos desde hace tres años. Tres años en los que he tenido que soportar a ese imbécil, engreído y malhablado. Decir que lo detesto es un eufemismo, es más fácil decir que por mucho tiempo he deseado que lo atropellara un tren y lo desapareciera de mi vista para siempre.

¡AYYYY! ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? Debí haberle hecho caso al sermón de la misa del domingo, y tener cuidado con lo que le deseo al prójimo.

Ahora es tarde para lamentarse, ya que en estos precisos momentos el cuerpo inerte de un "dormido" Valentín, yace casi bajo las ruedas de mi auto y por más que quiera dejarlo tirado, eso no es una opción.

Que los ángeles me acompañen cuando Valentín se despierte y vea que he sido yo quien le he atropellado...

INTRO

“Sal de mi camino, Valentín” es una historia ligera y rápida de leer, contada en su mayoría por nuestra protagonista femenina. La trama trata de dos colegas de oficina con una visión muy diferente uno del otro. Aquí me he empeñado en tocar varios temas de forma breve, entre ellos: la sensualidad de una mujer que vive el mundo bajo sus propias reglas. Este aspecto viene inspirado por un personaje histórico del que muchas ya conocen y de no hacerlo te invito a leer su biografía, ella es Marilyn Monroe. La mujer tuvo un final desdichado y triste, sin embargo, vale la pena leer y conocer todo lo que fue capaz de conseguir, descubriéndose de a poco cada día. También tocaremos el argumento de las discapacidades, de la amistad, los amores de oficina, y de los llamados *crush*, mejor conocido como amor platónico. De lo último todos hemos tenido uno, y es que es tan fácil enamorarse y nunca decir nada de nada, como dirían en mi tierra: *enamorarse por las tripas* (en lugar del corazón). Esta es una historia hecha de cotidianidad y realidad, con un toque de humor y erotismo.

EPISODIO 1

Light and Fun S.A

Busca dos nuevos talentos

Para su división de diseño y desarrollo de marca

Interesados enviar su currículum a: reclutamientolightandfun@gmail.com

Buscamos entusiastas y profesionales en el área, con experiencia previa y con buena disposición, habilidades de comunicación y trabajo en equipo.

Para más información llamar: 809.888.8888

Anuncio de periódico

3 años atrás

Antes de que "ellos" se encontraran



“MI MANTRA, Y SU COLONIA”

«Amo mi trabajo, amo mi trabajo, amo mi...».

Mi mantra mañanero es una verdad fuerte y bonita la cual muere en mis labios con la entrada en escena de mi *archirrival*, Valentín. No hace falta que levante la cabeza del teclado para saber que está entrando. Su perfume *eau du toilette de Chanel*, es su aviso de llegada, cual memorándum reconocido por el edificio entero.

Sus pasos acompasados se escuchan cada vez más cerca y una vez llega a nuestra oficina, como de costumbre, ni siquiera nos dedica un '*buenos días*'. Valentín no saluda, nunca. Su comportamiento no nos sorprende ni un poco, ni a mí, ni al resto del equipo de chicas en el departamento. Ese acto o, mejor dicho: ese no acto, es muestra constante de la mala educación del hombre.

En un principio todas nos mortificábamos por ello, algunas de las muchachas no sabían qué hacer; si no saludarlo de plano, o seguir haciéndolo para recibir como respuesta un incómodo silencio sepulcral. En la actualidad nos hemos acostumbrado y no gastamos saliva ni energía en saludarlo.

—Señor Valentín, los reportes que me solicitó ayer están encima de su escritorio; al igual que su café, y los currículos de los mejores prospectos para la división de China.

Céline, una menuda mujer de treinta años, es la secretaria de dirección y tiene la tarea de todos los días hacer lo mismo; recibir a Valentín e informarle de cualquier novedad, entretanto, él camina a su oficina, con la mirada en Júpiter.

—Bien, revisaré todo. Para su conocimiento voy a estar en una llamada internacional, que nadie me moleste por las siguientes horas.

—Sí, señor —responde una aliviada Céline. Con su primera misión del día cumplida ella se aleja de la oficina de cristal, mejor conocida como la "*pecera*", con su semblante más relajado que antes. Pasa frente a mi escritorio y hace su acostumbrada señal de alivio, le sonrío y le doy un pulgar para arriba.

—Aruba. —Valentín dice mi nombre para llamar mi atención.

—Valentín —le respondo sin dejar de mirar mi computador, más porque sé que le molesta que lo ignore, que porque realmente esté muy metida en lo que estoy haciendo.

—¿Tendrás listo lo que te pedí ayer? —pregunta y asiento, sin despegar los ojos del brillante aparato.

—Casi ya, en menos de veinte minutos estará en tu bandeja de correos. —No hace falta que levante mis ojos para saber que su mirada a Júpiter ha aterrizado y ahora está puesta en mí.

—Me parece perfecto, así lo revisamos juntos antes de que te vayas a casa.

Con todo dicho entre los dos, se mete en su oficina y se termina la conversación.

Todas de cierta forma respetan a Valentín, no solo porque es el jefe del departamento. Él se preocupa por cosas que van mucho más allá de la producción y operación, también le importa que su equipo aprenda y que sus colaboradores sean capaces de tomar decisiones en cualquier caso urgente. Eso, de alguna manera compensa la lengua inclemente del maleducado y engreído jefe. No se anda por las ramas, si te ganas una respuesta mordaz de su parte, la tendrás seguro.

¡Oh, si lo sabré yo! Que fui su primera víctima.

Nunca olvidaré esa mañana de ingreso en la que, entre diez candidatos, él y yo estuvimos sentados uno al lado del otro, llenando pruebas psicológicas y exámenes para determinar qué tan buenos eran nuestros perfiles para el puesto. Fue un largo día de preguntas parecidas en complejidad a problemas de física y respuestas a la altura. Al final de la tarde de ese día nos habían dado los resultados, en los cuales yo aparecía como seleccionada y me di cuenta de que él también.

Pletórica como estaba, me atreví —con una sonrisa de boba satisfacción personal por el logro — a invitarle a tomarnos unas cervecitas para soltar el lastre. Mi **ERROR**. Ese hombre que me pareció en su momento un elegante y educado caballero; alto, de rostro bonito y ojos claros, casi en el mismo tono de su pelo castaño. Me miró por encima de un hombro y sin pena alguna me dijo:

—*Yo no salgo con compañeros de trabajo y mucho menos si son mujeres solteras que puedan malinterpretar las cosas.*

Mi semblante cambió al instante, estaba herida en mi orgullo femenino debido a ese despreciable desconocido, quien pensaba que como no tenía novio —*cosa que aún no sé cómo supo*— iba a acosarlo o algo así. Pero, sobre todo, yo estaba molesta por esa forma desdeñosa de mirarme, ¡como quien tiene un moco en la nariz!

En fin, desde ese momento entre nosotros se ha instalado una especie de guerra muda, una de poder y conocimiento. Gracias a esa competitividad escalamos rápido, y hemos sido ascendidos, premiados y reconocidos varias veces, casi siempre uno delante del otro. Quizás por ello siempre he tenido la absurda sensación de que me está leyendo el pensamiento: si me lanzo a por un proyecto, él también, si hago un cambio novedoso en algo, él lo mejora en otro... y así ha sido todo el tiempo. Es tanto el sofoco que causa en mí toda nuestra historia, que es inevitable no sentirme predispuesta, como si el pesado hombre estuviese en mi camino.

Hace un año que la competencia individual ha cesado, ambos fuimos promovidos a la vez para encargados del departamento de diseño gráfico y perfil de la marca. Actualmente él es el *Gerente* y yo la *Subgerente*, por lo que la tregua está en el aire, ambos estamos concentrados en hacer de este departamento el mejor y tocándonos la moral uno al otro, no iba a funcionar.

Inconscientemente levanto la cabeza un momento de la hoja de cálculo en la que estoy trabajando y le veo a través de los cristales de su oficina, enfrascado más de lo usual en una discusión telefónica. Aun así, sus ojos se encuentran con los míos por un instante. Incómoda y poco interesada, le retiro la mirada y sigo en lo mío. Se supone que él y yo debíamos compartir ese espacio cerrado y privado que es la *pecera* y que dejaríamos al resto de chicas en los cubículos, trabajando sin la presencia de un jefe tan cerca. Cuando surgió el tema me negué en rotundo a compartir un espacio tan pequeño con él. Es cierto que estamos en tregua, pero *bien*, lo

que se dice *bien*, no nos llevábamos como para compartir oficina. Sin mucho palabreo él se quedó con la pecera, mientras yo nadaba con los otros peces del estanque, y no me arrepentía de nada.

Sigo concentrada en redactar un correo para enviar el informe contable del departamento, reviso lo que escribo, en el ínterin mi extensión telefónica suena. En la pequeña pantalla se refleja el número de la extensión de Maite, mi chica estrella. Tomo la llamada sin dejar de teclear el correo.

—¿Has visto la cara de *sieso* que ha traído hoy? Parecía que tenía un palo en el culo... —La diatriba, una que he escuchado antes.

—¡Maite! —la reprendo evitando a duras penas sonreír—. Te he dicho que no está bien que hables así de tu jefe.

No es ético ni profesional, bajo ningún concepto, aceptar que tus colaboradores ofendan a sus superiores, incluso cuando estos se lo merezcan, como es el caso puntual de Valentín.

—Aruuu, sabes que solo hablo del demonio con ustedes y es porque no entiendo cómo un hombre que se ve tan bien físicamente es tan odioso e imbécil.

¿Valentín verse bien?, sí. No le miro mucho ni por asomo. No quiero que me vuelva a culpar de que le acoso. Al principio me costaba ignorar lo bien parecido del tío, ahora, sin embargo, lo hago con la misma facilidad con la que piso una cucaracha... Sin remordimiento.

—*Hay de todo en la viña del señor*, Maite, vive con eso. —Con mi comentario intento quitarle hierro al asunto.

—¡Claro que no! Pero no te he llamado para eso: ¿Aún está en pie lo de esta noche? —inquieta animada. Su voz es peculiar y un poco chillona, incluso a través de la bocina del teléfono.

—¿La cena de inauguración de la semana del *Amor*? Sí, a las nueve en punto nos casaremos con par de cervezas y un plato de pasta japonesa. —Con ese pensamiento también me animo un poco y dejo a un lado el correo casi listo.

—Esa es mi jefa, iremos todas y la pasaremos bien, total, mañana no se trabaja. ¿Qué harás hoy? Tendremos la tarde libre.

—Tengo todo organizado para ir al *spa* y relajarme el resto de la tarde —le comento girando el asiento, en tanto rebusco algo en una carpeta.

—Wao, qué envidia, yo tengo que ir con mi madre a visitar a mis tías, imagina lo que me espera —se queja Maite.

—No te lamentes, podría ser peor.

—Define peor...

—Podrías tener una desagradable cita...

—Eso no es malo, yo encantada. Necesito darle alegría a este cuerpo. —Su voz no ha bajado nada, seguro la han escuchado el resto de las chicas.

—Por Dios, Maite, ¿cómo eres tan descarada? —cuestiono divertida.

—Pues así como así. Se me da natural.

—Ya veo que sí. De todas formas, si quieres puedes venirte al *spa* conmigo —la invito.

—*Nah*, ve tu sola, en la noche nos vemos.

—*Ok*.

Terminamos la llamada y yo releo el cuerpo del correo, luego adjunto el informe para Valentín, y envío mi mayor pendiente del día. Al instante mi cuerpo se siente superrelajado, satisfecha de que hoy podré llegar a casa temprano y dejarme hacer de todo en las manos sagaces

de un masajista profesional.

Espero unos minutos la respuesta de Valentín al correo enviado, aprovecho y le pongo agua al cactus en mi escritorio, es la única decoración que tengo en mi cubículo. Aprecio mucho la hermosa y redonda plantita con espinas que una vez al año florece para mí, fue un regalo de hace dos navidades. Hicimos un angelito, una actividad de regalar y recibir presentes por varias semanas, para integrar al equipo y reírnos un poco. Ese día Maite le regalaba a Valentín, y se le ocurrió envolver en una bolsa muy mona una camiseta estampada en el frente con el colérico muñequito de la película, *Intensamente*. Al ver el presente y la cara de Valentín tan igual a la del dibujo, nos reímos hasta llorar. Después le tocó el momento al jefe de entregar su presente y lanzó un discurso:

—Este obsequio es muy especial, Aruba, ven aquí. Es para ti y cuando lo elegí lo hice pensando en todo lo que veo en ti.

Ya sabía que era él quien me regalaría esa semana, las chicas no se guardan nada. Recibí la bolsa y al introducir la mano me pinché los dedos, lancé un grito sutil hasta que saqué el bonito pero hiriente cactus. La maseta tenía ojitos y de la planta salía una notita, la abrí y allí ponía:

“No todo lo que tiene espinas es feo... si no, mírate a ti.”

Las chicas también se rieron de mi expresión al leer la nota y del regalo. Unos días bastaron para que me encariñara del peculiar y coqueto regalo, tanto que ahora la plantita es la consentida de la oficina.

Con Clementina regada —así se llama el cactus— vuelvo a mirar el correo, sigue sin llegar una respuesta. Me levanto para ir a la impresora, el aparato es uno solo para toda la oficina. Plantada frente al monstruo blanco me pierdo mirando el calendario grande, que cuelga en la pared del frente. Es sábado siete de febrero y desde hoy hasta el catorce —día marcado con un corazoncito flechado en el calendario— la gente actúa como loca, comprando cosas para regalar a sus *amados*.

La máquina termina, recojo los impresos y me alejo pensando que para mí este será un San Valentín más. Hace unos meses que terminé con el chico con el que me estaba liando, gracias a que el muy jodido ya se estaba poniendo intenso, y yo no necesito eso, por lo menos no lo necesitaba de él, que aparte de ponerme cachonda no me hacía sentir nada más.

Valentín con la rabia y tensión que causa en mí, significa más que ese chico. Es una escalofriante comparación entre el hombre con el que peleo y el hombre con el que me liaba desnuda y al que me montaba como amazona salvaje, pero es la correcta para describir lo poco que me importaba esa relación con esa criatura con cuerpo de modelo frustrado...

—¡Auch! —gimo al golpearme la frente con un costado de Valentín, hasta el choque no había notado su presencia. Estamos solos él y yo en ese pequeño cuarto, levanto mi mirada y lo encuentro observándome serio, con sus ojos de avellana puestos en mí y su mandíbula apretada.

—¿Será que levantas la cabeza y miras para adelante cuando caminas? —Estamos solos, no hay que fingir que nos llevamos bien.

—¿Será que sales de mi camino, Valentín? Por favor, vete a la luna. Yo misma te pago el pasaje.

—No te daría esa satisfacción, ni aunque mi vida dependiera de ello. —Su comentario mordaz y antipático.

—Cuidado con lo que deseas, que los sueños se hacen realidad. Por ahora solo sal de mi camino, esa colonia tuya es demasiado fuerte para estas horas y me molesta.

Él se mueve lejos de la salida del cuarto de impresión y yo apenas puedo contener la risa. Ese

engreído se merece ser fastidiado de vez en cuando para que ponga los pies en la tierra, y quién mejor que yo para hacerlo enrojecer de enojo.

Regreso a mi escritorio y me encuentro con un único y nuevo mensaje en la bandeja de entrada, es la respuesta de Valentín al correo antes enviado.

“Estimada Aruba,

Tenemos que ver esto junto a otro reporte que nos enviaron, comparar y decidir, solo que en lugar de verlo al medio día lo veremos a las dos.

Supongo que tomaré algunas horas prestadas de tu sábado...

Saludos.”

No, no, no. Me empiezo a quejar interiormente, quiero y necesito ir al *spa*. Mi cuello está tenso por las últimas semanas en que no he podido descansar bien, ni follar, ni comer con tranquilidad.

Estamos a la puerta de presentar un proyecto grande, en el cual hemos invertido muchas horas y esfuerzos para asegurarnos la victoria frente a la competencia. Pues si ganamos, traeremos un cliente grande al negocio.

Respiro fuerte al percatarme de Valentín regresando de la impresora, me mira de reojo y entonces lo noto, ese brillo malévolamente en su mirada de triunfo. Entiendo que no es solo culpa suya el que me tenga que quedar unas cuantas horas más de mi sábado trabajando, pero acabo de perder el buen humor matutino... gracias al ¡bendito Valentín!

Furibunda por su mala jugada, allí mismo en el escritorio cierro mis ojos y empiezo a hacer una plegaria mental.

«Dios, o cualquier deidad que me escuche... alivia a los enfermos, elimina el hambre del mundo, cuida mis pasos y bendice mi casa, pero sobre todo... ¡Saca a Valentín de mi camino! No me malentiendas, amo al prójimo como a mí misma, pero él quiere ir a la luna y su partida sería un bien para la humanidad...

Amén».

Sé que mi plegaria malintencionada no llegará a ningún lado, no obstante, el imaginarlo en la luna me da un poco de alegría y paz para aguantar las próximas horas a solas con ese insoportable simio evolucionado.

EPISODIO 2

—Esto tiene que ser una broma, ¿cómo me dices eso ahora? Vamos ya con cinco minutos de retraso.

—Si no vas a dar una solución, Aruba, mejor no hables, no sé cómo carajos pasó esto, acabo de perder un botón de la camisa.

—Usa la corbata para cubrirlo.

—¿Cres que soy tan tonto como para no haberlo intentado antes? Míralo tú misma, no funciona. A leguas se nota que le falta un jodido broche.

—Trae aquí, por suerte siempre tengo un imperdible en el bolso. Deja te ayudo a colocarlo y cuidado con decir algo más para no sacarte los ojos, Valentín de los descuidados Santos.

Discusión del 04 de abril.

Según el horóscopo chino: el año del gallo [II](#).

Previo a cierre del contrato con farmacéutica Pastillitas S.R.L.



“MI CENA, Y SU CHOQUE”

Para bailar la bamba. Se necesita una poca de gracia...Una poca de gracia.

En mi auto suena esa emblemática canción de fondo, en tanto, con dificultad enfoco mi mirada en la noche. Es tarde, muy tarde y estoy como una uva de borracha. Lo sé porque me he reído de una señal de tránsito que acabo de pasar, con la misma intensidad con la que me río de los chistes de *Kelvin Hart*; a carcajadas y aguantando la vejiga.

«Todo por culpa de Valentín».

Salimos tan tarde de la oficina viendo unos reportes demasiado extensos, que no pude ir al *spa*. A falta de un masaje relajante, llegué a la cena y bebí bastante alcohol para olvidarme de todo, incluido el estrés que acarrearía otra semana.

Por consiguiente, la cena, una maravilla de reunión donde no existía trabajo, ni jerarquía, éramos amigas con ganas de reírnos de la vida, beber y pasarla bien. Aunque no voy a negar que hubo un interludio *lúgubre* donde Maite y Céline, como de costumbre, sacaron a colación el tema de nunca acabar: Valentín de los Santos. Con la primera mención del pesado de mi jefe, terminé de un trago mi cerveza mientras escuchaba la charla.

Maite se quejaba de lo "rarito" que es el hombre:

—Algo inusual para estar de tan buen ver —decía ella muy pacífica.

—Quizás el hombre tiene afinaciones "raritas". —Céline agregó acompañando sus palabras con aleteo de pestañas y las muñecas como si se las hubiese fracturado—. Él siempre huele bien y luce presentable, ni un pelo fuera de su peinado.

Pero entonces Candy, la más nueva en el equipo, salió como defensora asegurando que eso era imposible:

—Lamento desanimarlas en sus hipótesis, pero yo he visto al señor Valentín en una posición comprometedor con Alexandra del departamento de finanzas.

—¿Qué tan comprometedor? —curioseó Sam con diversión, probando su mojito, ella es la más joven de nosotras, un cerebro andante.

Entonces Candy detalla:

—Ese día salí tarde de la oficina, cuando bajé al parqueo las manos del jefe estaban debajo de la falda de la susodicha chica de finanzas.

Ya para ese punto luego de imaginarme la repulsiva escena, exigí que no se mencionara al hombre en toda la noche o vomitaría la cena. Después de eso fue todo diversión, risas y juegos de palabras.

Cuando el reloj marcaba las 2:40 am, una a una las chicas empezaron a dejar el bar donde fuimos a parar. Yo, bueno, aún me podía tomar una copa más. Ahora mismo el reloj del coche marca las 4:00 am, y me río hasta del aire que sale de mis pulmones sin que lo pueda evitar.

En estos momentos una lombriz estaría, por mucho, más lúcida que yo.

A una cuadra de mi casa me relajo en el volante, salir de la autopista y sus peligros es un alivio. Piso el acelerador un poco más fuerte, unos cuantos metros y estaré en mi hogar.

Al internarme en un tramo conocido intento cambiar de luces normales a luces altas, no hay buena iluminación aquí y no distingo bien la carretera. En mi estado hago todo lo contrario a lo que quiero y apago del todo las luces del auto. Es solo un instante, una milésima de segundo en que pierdo la mirada de la calle...

¡Pum!

—¡Mierda! —El sonido del golpe contra algo me hace frenar de una vez.

Raudamente me quito el cinturón, en tanto ruego que no haya sido la mascota de alguien, y sí, un arbusto de la calzada lo que he atropellado. Salgo con torpeza y voy delante del coche, no veo nada más que un bulto oscuro casi debajo de mi rueda. Vuelvo al interior con las piernas flojas de los nervios, entro y enciendo las jodidas luces antes de regresar corriendo al lado de mi víctima.

—¡Dios santo! —gimo por el cuerpo vestido con ropa de gimnasia, boca abajo y del todo inmóvil.

Me acerco con miedo mudo, pensando en lo que debería hacer primero; llamar al 911 y esperar ayuda y posteriormente mi arresto. No, no... *primero lo primero*, acercarme para comprobar el estado de la víctima. Me aventuro a tocar su piel y caigo de culo cuando le escucho gemir.

—Lo siento, lo siento —me disculpo acercándome una vez más, le tomo por los brazos y le arrastro un poquito hasta sacarlo de debajo del coche. Le giro con cuidado y entonces, con las luces altas iluminando todo mi campo de visión puedo distinguir, con claridad pasmosa, al hombre tirado en el asfalto de la calle... es un desmayado Valentín de los Santos.

—No. No. No. Despierta, Valentín, ¡despierta! —Ya, sí que me jodí.

¿Que si estaba nerviosa antes al pensar que era un pobre desconocido? Sí. Ahora que sé quién es, me estoy cagando de angustia, porque si a este le llegase a suceder algo grave, los policías investigarían y pensarán que este suceso no planeado, fue a propósito. Me mandarían a la cárcel, donde voy a vestir de naranja y a tatuarme el culo con el nombre de algún ex que ni me gustaba. Desesperada le hablo moviéndole un poco una pierna.

—Vamos, despierta. No te vayas a morir solo para joderme la vida. —Lo zarandeo más duro y nada cambia, sigue inmóvil y sin dar señales de vida, más allá de que su pecho sube y baja con cada respiración.

Me levanto corriendo, voy a por mi bolso, lo saco del coche con un pensamiento clarísimo: cada segundo cuenta, debo llamar una ambulancia, ¡ya!

Móvil en mano, lo desbloqueo y para mi mala suerte de borracha jodida, no tengo cobertura. Miro a mi alrededor buscando el celular que seguro llevaba Valentín, no pasa mucho hasta que lo encuentro debajo del auto... exactamente los auriculares es lo que veo, porque el aparato está metido bajo la rueda, con un desgrane parecido al de una funda de *Doritos* desparramada.

—¡Madre santísima, de esta no me salva ni *John Wick!* —exclamo en voz alta.

Fuera de mí como estoy hago algo que no está en los *manuals de primeros auxilios*; levanto una botella de agua que sin duda llevaba Valentín para refrescarse, quito el tapón y le lanzo el fresco líquido a la cara. De inmediato sus ojos se abren como platos y empieza a respirar como quien ha salido del fondo del mar.

—¡Gracias a Dios que despertaste! —No sé si es la borrachera, el sereno de la noche o el susto de cojones que me acabo de pegar, pero le abrazo un momento.

—¿Aruba Lecter? —Confundido él enfoca su mirada en mí—. ¿Qué carajos me pasó...? —Se queda en silencio mirando alrededor y luego hacia mi persona—. Tú, ¿me atropellaste?

No podía esperar menos de ese cerebro suyo, que ni aturdido dejaba de funcionar con coherencia.

—En mi defensa voy a decir que no fue a propósito, ni planeado. —Él se agarra la cabeza y se queja intentando levantarse, lo detengo—. No te muevas, voy a llamar una ambulancia.

—No hace falta, ayúdame a levantar. —Se agarra a mis hombros y sin que pueda evitarlo, empieza a ponerse en pie. Se incorpora en toda su altura y le ayudo a apoyarse en el capó del coche—. Joder, me has movido el cerebro.

—Eso te pasa por meterte en mi camino —le reclamo—. A todo esto, ¿qué coño haces corriendo a las cuatro de la mañana? ¿Y qué haces en este residencial?

Frunce el ceño y se vuelve a agarrar la cabeza por un segundo antes de responder.

—Vivo a dos cuadras de aquí, desde hace un año. Si no lo sabías eres más despistada de lo que pensaba. —Sus palabras están cargadas de esa dureza de siempre. Si ni atropellado baja la guardia y se comporta con amabilidad. Él mira todo el desmadre del accidente, analizando lo sucedido y después de un instante vuelve a hablar—. Creo que una pregunta mejor sería: ¿qué haces tú manejando borracha y sin luz?

—No estoy borracha. —Trato de mentir, él me observa como diciendo "*¿en serio?*"—. Valentín, no voy a discutir contigo, no esta noche. Vamos a llevarte al hospital para que te revisen por si tienes una contusión cerebral o cualquier otra cosa. —Él niega con la cabeza—. Sí, yo también lo dudo, con ese *caco* tan duro que tienes lo más seguro es que esté todo bien en ti, y que el único que haya sufrido los daños sea el asfalto.

Mi comentario está fuera de lugar en un momento como este, podría estar herido gravemente y yo aquí acusándolo de cosas sin importancia.

—Qué graciosa —musita después de un momento—. Decía que no a lo de ir al médico, si hiciéramos eso serías investigada y quizás la policía te quite la licencia o te detenga...

—Eso no importa, mírate, estás herido y por más que me gustaría dejarte así, no puedo cargar contigo en mi conciencia. Si no es mucha molestia sube al coche y déjame llevarte al hospital.

Insisto acercándome a su lado, coloco una mano en su codo para ayudarlo a entrar en el vehículo.

—¡Ni de coña voy contigo a ningún lado! Dame las llaves, yo conduciré.

—Claro que no... —me quejo protestando.

—Aruba, no me hagas decirlo dos veces. Dame las jodidas llaves, no quiero que la policía de tránsito nos agarre; tú como una uva y yo golpeado, imagina ese cuadro... no nos ayudaría mucho.

Viéndolo desde su punto de vista, tiene razón. No pintamos el mejor cuadro. Por ese simple hecho y, a regañadientes, le entrego la llave del auto.

—¡Yo tengo que estar salada! —exteriorizo sacando la llave para pasársela a Valentín—.

Toma y si te preguntan en el hospital dirás que todo fue un accidente y que...

Se levanta del capó y me deja hablando sola, no le grito como quiero porque el corazón se me aprieta de culpa al verle caminar apoyándose en el auto, al parecer está herido de verdad.

Entra, enciende el vehículo y acomoda el asiento a su medida. Es tan alto que casi es mejor que se sitúe en el asiento de atrás. Me acomodo en el interior después de recoger todas nuestras pertenencias de la calle; mi cartera, su botella de agua y lo que queda de su teléfono y sus auriculares. Milagrosamente estoy más sobria que antes, como si me hubiese puesto una dextrosa. Pero no es más que la tensión del momento y la presencia de Valentín que no me deja ni terminar una borrachera en paz.

El coche empieza a avanzar y en la oscuridad del interior miro su perfil, conduce con una mano firme en el volante, en cambio con la otra se agarra el estómago. Dejo de mirarlo para no seguir sintiendo pena ni remordimiento por él, aunque lo haya atropellado, sigue siendo el mismo Valentín, capullo por elección.

El auto avanza una manzana entera sin dar la vuelta para salir del residencial y llegar al médico, en su lugar, el coche se detiene frente a mi edificio.

—¿Qué haces? —inquiero preocupada.

—No iré a ningún hospital a que me pinchen y me hagan pruebas estúpidas. Entra a tu casa, yo me encargo de mí. —Abandona el auto y da por terminada la discusión.

Tentada estoy de dejarle hacer lo que dice, y enterarme luego de que el cerebro licuado por algún accidente le salió por la nariz y que lo encontraron en algún callejón solo y tieso. Sin embargo, soy una mujer cristiana y si lo dejo irse así y se muere más tarde, me habré ganado el infierno, todo por su culpa. Negándome a perder mi alma, voy a su lado, y lo detengo tomándolo por el brazo cuando extiende la llave en mi dirección para devolverla.

—Si no vas a ir al hospital al menos permite que te cure las raspaduras. —Es lo mejor que puedo hacer por él, y lo haré.

—No es necesario...

—Y una mierda que no. Subes, o te vuelvo a atropellar para así llevarte al médico de una buena vez. —Me observa y yo a él. Retándole a que se niegue—. Te choqué una vez, lo volvería a hacer de nuevo, no me tientes. —Es una burda mentira que claramente no voy a cumplir, sin embargo, es lo único que se me ocurre para retenerle. Valentín no puede quedarse solo, no después de ese golpe que le acabo de dar con todo el morro del auto. Nos enfrascamos en un combate de miradas, para minutos después verle... ¿sonreír?, no, eso debe ser el alcohol en mi sistema que ya me está haciendo ver visiones locas. Bajo la mirada y me froto los ojos y ahí está, sí señor, esa cara de sieso que no se la quita ni el mejor cirujano coreano—. Tú decide qué haremos —le exijo una respuesta.

—No me desharé de ti, ¿verdad? —cuestiona en un tono jamás escuchado.

«Señor Dios, a este sí que le he movido los sesos, mira que hablarme así a mí, como si de verdad le importara lo que digo y no en plan mordaz como de costumbre».

—Nop, no tan fácilmente, mi entrada al cielo depende de ti —expongo con naturalidad.

—¿Qué dices? —Intenta saber de qué hablo.

—Tú no me hagas caso, que yo me entiendo —añado justo cuando una fresca brisa se mueve a nuestro alrededor.

—Estás como una cabra —me acusa haciendo una mueca de dolor al dar un paso.

—Y, tú, como un atropellado, dime rápido, ¿qué harás? —insisto en tener una respuesta para de esta manera saber cómo proceder.

—Te sigo a tu casa. —Agradecida por su colaboración busco su mirada.

Aparto la mía y libero mi agarre de su brazo y su piel caliente.

Su forma de contemplarme —tan diferente a la de siempre— es más de lo que puedo manejar... *la carne es débil*, más aún a las cuatro de la mañana; borracha, con la necesidad de macho en alta y con Valentín no siendo un jodido idiota.

A estas horas *todos los gatos son negros* y hasta mi rival se antoja... follable...

EPISODIO 3

Lo está haciendo a propósito, no hay forma de que no sea así. Ha llegado hace exactamente dos minutos, se ha sentado frente a mí en la pequeña cocina de la oficina y ha sacado de la bolsa de papel dos hamburguesas, mientras yo trato de tragar las jodidas hojas verdes de la ensalada. Se supone que necesito bajar unos cuantos kilos antes de Navidad...

—Aruba, si quieres de mi almuerzo solo dilo y deja de mirarlo y sufrir.

—Estoy a dieta.

—Eso dijiste el otro mes y el pasado.

—Ya, lo que digas, Valentín.

—Toma, me ha llegado una hamburguesa extra. Cómela tú, es una pena botarla.

—No debería, pero tienes razón, es una pena que se eche a perder... ¿y las papas?

—Aquí tienes, disfrútala, ya mañana puedes volver a comer matojos como las vacas.

Noviembre 12.

Según el horóscopo chino: el año del gallo.

Un día normal en la oficina.



“MI CAMA, Y SUS PALABRAS”

«Señor, acepto que te he pedido más de una vez que sacaras a Valentín de mi camino, pero no me hagas caso que a veces hablo de más. Si tenías esa misión agendada, ¡cancéla! Y sigue con lo del hambre mundial».

A la vez que rezo mentalmente, le indico a Valentín el camino de entrada al edificio, en el proceso me pego a su espalda, no le daré chance de cambiar de idea y escaparse de mí. Él, que al parecer pensaba huir después de un segundo, toma el camino indicado. Saco mis cosas del coche, cierro las puertas y coloco el seguro. Avanzo junto al maltrecho hombre hasta el ascensor. Presiono el piso cinco y parados uno frente al otro esperamos que el aparato llegue.

Lo inspecciono con mirada disimulada y en lo iluminado del pasillo, noto una de sus piernas feamente raspada, también lo está el brazo de ese lado, sigo subiendo por sus fuertes bíceps desnudos hasta llegar a su rostro de "rarito" intacto.

—Sí que te lo montas bien en tus horas libres; te emborrachas, me atropellas y todo usando ese vestidito que te hace ver tan... apetecible.

Pongo los ojos en blanco, seguro que está siendo sarcástico con lo del vestido y como no me quedo callada tan fácil, mucho menos cuando se trata de él, le respondo con malestar disimulado.

—Y, tú, parece que tienes un plan de vida fijo: *meterte en mi camino*. O es eso, o es que no te lo sabes montar bien que te pones a correr cuando deberías estar dormido, borracho o follando hasta el cansancio. —Al segundo de decir eso me arrepiento. Gracias al cielo se abre el ascensor, entro antes de darle tiempo a Valentín para atacar, ya que le he dado material para hacerlo.

Por muy extraño que parezca... no dice nada, ingresa siguiendo mis pasos con un poco de cojera y de inmediato se apoya de la pared del elevador.

—Lo de follar es una idea genial y más como lo pintas: “hasta el cansancio”. Me resulta increíble que tú, la rígida de la compañía, sepas de esas cosas.

Ahí está el bombazo esperado, ¿cómo me atrevo a cantar victoria conociendo esa lengua como la conozco? No me quedaré atrás, podrá estar muy lesionado y toda la cosa, sin embargo,

me acaba de llamar rígida, a mí, que para echar un *kiki* y divertirme siempre estoy puesta.

—¿Rígida yo? —empiezo—. Disculpa, estoy segura de que no hablas de mí, porque al que llaman *cara de sieso* en la oficina es a ti. Y para tu información tengo de rígida lo que tú de social, o sea, nada. Te aseguro que este cuerpo —me señalo—, ha recibido más gozo que el tuyo.

Pasa su mirada sobre mí, fijándose en el escote de mi vestido y luego en mis ojos.

—No lo creo, estás borracha y atropellando gente por la calle, eso habla de una mujer mal gozada, o mal follada —agrega tocándome los ovarios, con la misma libertad y malicia de siempre. *Jodido Valentín*.

—Follé hace cinco días. —Me encuentro alardeando

—Lo dicho, una mujer para estar bien atendida, sin rigidez y gozosa como dices, debe hacerlo al menos dos veces al día y hablo de hacerlo y de terminar...

—Lo mío no es cantidad sino calidad. Hombre tenías que ser, ustedes creen que con echar muchos polvos resuelven el mundo. —Lo miro incrédula y burlona.

—No hablo por otros hombres, hablo por mí. En particular me gusta que la mujer que meta en mi cama se deshaga en charcos de deseo, que se desmaye de placer y que pruebe sus límites, me gusta coger y créeme, no hablo de cantidad hablo de hechos demostrables.

Sé que debería parar la bendita conversación aquí, pero qué más da, estoy contentilla y la plática está muy entretenida. Lo que dice se estrella contra mi cabeza creándose una especie de película porno. Y no es por nada, pero a falta de un ligue, ¡que vengan las imágenes eróticas! Aunque sea Valentín quien esté poniendo la programación.

—No pediré recomendaciones de tus polvos, lo que me faltaba.

—No hace falta que las pidas, Aruba, te las podría dar yo mismo. —Woow. Eso sí que no me lo esperaba.

—Sí, claro, mejor cállate. —Decido parar, pobre hombre, ha de tener el hígado en la cabeza y el cerebro en los pies.

El resto del trayecto hasta el piso de mi apartamento pasa en silencio. No obstante, en mi interior reconozco que me he pasado un poco con lo de follar y toda la plática, tanto que se me han puesto los pezones duros y “ahí abajo”, en ese huequito particular, una especie de fiesta repentina ha empezado a emerger. Mira que Valentín y yo no nos podemos ni ver y ahora estoy casi cachonda por lo que ha dicho y ha propuesto, porque lo ha hecho, ha propuesto demostración... en fin, el borracho apesta.

Le corto el rollo de palpar y salivar al hoyito aquel. Sea como sea, este hombre y yo somos colegas, es mi jefe, y cosas como esas están fuera de lugar. Gracias a la vida, la puerta se abre, salgo primero, pero como le veo sufriendo me acerco a él y le ayudo a apoyarse en mí.

—Gracias. —Le escucho decir. Asiento llevándolo hasta la blanca puerta de mi apartamento. Lo dejo apoyado en la pared mientras abro la puerta. Vuelvo a ayudarlo a caminar dentro del oscuro apartamento y una vez se siento en el sofá, regreso a cerrar la puerta, prendo las luces y dejo mi bolso colgado en el perchero.

—Espera aquí un momento, voy a por las vendas y demás.

Valentín asiente, más entretenido en mirar alrededor que en mí.

Estoy orgullosa de mi hogar, lo compré luego de mi primer año de duro trabajo, en el segundo año de tener el piso hice remodelaciones y decoré.

Los colores de la ornamentación son en un rosa envejecido y el clásico blanco. Mi sofá blanco, la alfombra imitación de pelos de sabrá Dios qué cosa, la pared detrás del asiento un mural de fotos mías en blanco y negro. Frente dos otomanas rosas y un biombo color madera,

cortinas blancas en los enormes ventanales que dan al balcón. Tengo algunas plantas naturales... realmente cactus grandes colocados en lugares estratégicos. Por otro lado, la cocina es un espacio abierto, con una decoración rústica y minimalista, desde allí sale un relajante aroma a hierbas aromáticas que he sembrado en forma de huerta. El comedor redondo con cuatro sillas y un cuadro que amo con locura y el cual llena toda la pared. Esa pintura es el toque focal de la decoración con tonos de rosa viejo, dorado y blanco.

Me voy quitando los tacones por el pasillo en dirección a mi recámara, cuando llego al cuarto principal mi enorme cama redonda está pulcramente arreglada, en el suelo hay otra alfombra peluda y blanca como la nieve, de cabecera tengo varias cadenas de luces que forman un cuadro brillante. La habitación tiene otro ventanal enorme con salida a un balcón que ahora mismo está cerrado por cortinas blancas. Voy al baño, directamente debajo del lavado donde mi madre ha dejado el kit de primeros auxilios.

Esa mujer es medio controladora y ha dejado la caja de metal con una cruz roja pintada, con algunas pastillas y potingues raros. La cosa sigue en el mismo sitio desde que adquirí el apartamento. Periódicamente mi madre lo revisa y trae cosas nuevas cuando las que están cumplen su fecha de caducidad. Nunca lo tuve que usar en mí o en alguien más, pero justo ahora agradezco la intromisión de mamita.

Una vez doy con el kit, salgo de allí descalza y apresurada, sin embargo, me detengo de golpe... desde la entrada de la habitación puedo ver lo que ocurre en mi sofá; Valentín de los Santos se ha quitado la camiseta, develando lo que las camisas y corbatas no ocultan muy bien. El hombre está bien de músculo... qué digo bien, fenomenal. Sus hombros anchos y fuertes al igual que sus pectorales y ese *six pack*... ¡sí señor! El colega está como un maldito tren. Pero yo le odio, así que no me voy a sorprender más, que a los enemigos se les mira con malicia del tipo “te quiero matar”, no del tipo “¿cuánto por dejarte manosear?”.

Dejo ese pensamiento de lado y le hago saber de mi entrada al lugar, levanta su mirada, abandonando la camiseta rota y manchada en el suelo frente al sofá. Avanzo despacio en su dirección y casi me caigo de rodillas cuando le escucho hablar.

—Aruba, antes de todo, necesito una ducha. Indícame dónde me puedo bañar.

—¿Qué? —Me exalto, él me enfoca y yo me recompongo para volver a hablar—. Mira, Valentín, aquí no tengo ropa para ti, además, si te desmayas en el baño, ¿cómo carajo se supone que te saque de allí?

—Lecter, si me llego a desmayar entras y me sacas. No es como que no hayas visto un hombre desnudo antes, tú dijiste que hace cinco días...

Intenta repetir lo dicho en el ascensor, no quiero que lo diga, por ende, lo corto en el acto.

—Es cierto, pero al último que quiero ver en pelotas es a ti.

—Mejor aún, odiaría tener que hacerte frente en la oficina después de que hayas visto de qué estoy hecho.

—¿Y de qué cree, el príncipe, que está hecho? —pregunto sarcástica y yo misma me respondo—. ¡De oro que cagó el toro!

Camina en mi dirección cojeando y toda la cosa, incluso así es imponente y atrapante.

—No preguntes si no quieres *obtener un vistazo* como respuesta. —¿Acabo de oír lo que creo? Ha vuelto a ofrecerme ver sus cosas... Boqueo. «¡Ay, señor, no me pongas en tentación ahora, que sabes lo loca que me ponen las margaritas, y de esas me bebí como ocho!»—. Aruba, ¿estás bien?

—¿Eh? oh, claro. —Creo articular.

—Te has quedado lerda, ¿pasa algo? —Su mirada me explora como si estuviese preocupado.

—*Nah*, solo me acordé de que no cerré la puerta del coche. —Una mentira sin sentido.

—Lo cerraste —afirma con propiedad. Ese es Valentín, pendiente hasta del vuelo de un mosquito.

—¿Ah sí?, pues no me acuerdo de nada —insisto en mi mentira.

Me alejo de su calor y del aroma de su piel. No lleva colonia, creo que su “*eau du toilette*” se ha vuelto parte de su ADN, ¿cómo carajo se explica que su sudor huelga bien?

—Ya. ¿Dónde está el baño?

Le indico y le voy siguiendo los pasos. Esto no era parte de la propuesta de curarlo, pero ya qué, ni modo...

—Hay un albornoz en la salida de la ducha, está limpio y creo que te quedará —le indico antes de que entre y cierre la puerta del baño.

Un segundo después la abre y saca la cabeza.

—La voy a dejar sin seguro, si no salgo en tres minutos entras por mí. —Dicha esa instrucción vuelve a desaparecer dentro del cuarto de aseo.

Voy a mi mesita de noche enfocándome en el reloj despertador.

Elimino de mi cabeza todo lo sucedido hace un rato. Es lo más conveniente, ya que mis pezones están durísimos y mi entrepierna sigue con la fiesta, lo último que necesito es que mi cerebro les siga el *can* a esos dos traidores.

Mira que poner mis bragas perdidas en humedad, y mis pechos duritos por Valentín... Me libro de esas cosas. Con cada segundo en el reloj, escucho un tic por encima del sonido del agua corriendo detrás de la puerta del baño.

Dejando de lado la *putería* de mi cuerpo, reconozco que estoy preocupada por los daños que haya sufrido el terco de Valentín. Cada vez que me acerco a él, me percató de algún golpe nuevo. En el camino al baño, por ejemplo, me fijé que su lado izquierdo ha sufrido todo el impacto; está raspado en varias partes y al parecer le duele un pie o tobillo. Si hubiese ido un poco más rápido le hubiese podido matar o causarle heridas graves...

¡PUMP!

Me exalto al escuchar algo caer en el baño

—¡Valentín! —grito pegada a la puerta.

—Estoy bien, se me ha caído un frasco de tu loción. Ya salgo. —Doy dos vueltas en la habitación hasta que la puerta se abre. Él sale con una toalla en la cintura y descalzo—. Me he decantado por usar toalla, el albornoz cubre mucho, por lo que no es una buena idea si me vas a curar —aclara caminando en dirección a la salida de la recámara.

Lo detengo.

—Siéntate en la cama. Te curaré ahí, te tomarás una pastilla y te quedarás en observación hasta mitad de la mañana.

No voy a permitir que pase la noche solo, podría ocurrirle algo mientras duerme y de verdad que no me lo perdonaría jamás.

—¿Qué? —inquieta.

—Lo que escuchaste, no quisiste ir a un hospital, pues entonces me aguantas como tu enfermera. —Valentín me mira incrédulo—. Después de que te desmayaste creo que hay que tenerte en observación. No seas terco y colabora.

—No soy un niño chico, cúrame y me voy a mi casa —insiste pasando de mi orden de sentarse en el colchón.

—Te sientas en la puta cama y no te golpeo hasta dejarte fuera de combate.

Él vuelve a medio sonreír, como creí que lo imaginé en la entrada del edificio. Sus actos tan dóciles me están haciendo dudar hasta de lo que veo. Caminando en dirección a mi lecho, Valentín murmura:

—No sabía que fueses tan agresiva en la cama, de habérmelo dicho te hubiese aceptado aquella cerveza.

Habla de la mayor vergüenza de mi vida, como si nada. Para ser honesta ya no me apena el recuerdo. Le sigo la corriente para que colabore y de esta manera poder curarlo... solo por eso.

—¿Eso quiere decir que te va lo duro?, que te aten y te golpeen como saco de arena.

—No realmente, pero si quieres lo puedo probar contigo, te tienes que ver de muerte en un traje de látex de dominatriz. —No me imagino nada de eso, ni en el traje ni a él en pelotas, mientras le acaricio el pedazo de cuerpo que tiene con la punta de una fusta... ¡ay coño! Sí que me lo imagino todo y no me disgusta nada.

—Sí, claro, cállate la boca y deja de hablar esas cosas. —Espero que me haga caso, de lo contrario mis pezones romperán el vestido.

—¿Qué? Te lo estás imaginando, ¿verdad? —Ni niego, ni afirmo—. Ay, yo sí que me imagino esas cosas... y no hablo solo de hoy.

—Valentín, deja de fastidiar, no me verás en látex en tu vida.

—¿Ni siquiera si te lo pidiera como un deseo de moribundo? —Imposible no sonreír. ¿Quién es este hombre? Mi jefe desde luego que no.

—No te vas a morir, ni que fueras *Andrés octogenario*^[2].

—Si te vistieras de látex y me hicieras cosas sensuales, quizás sí moriría.

Imaginando el cuadro de que muera como el viejo de la canción, sonrío sin que él lo pueda ver. Me pongo manos a la obra. Guantes en mano empiezo por las raspaduras de su pierna. Tomo suficiente algodón y alcohol y lo presiono contra la herida...

—Aruba, ¡joder! ¿Te cuesta mucho avisar? —chilla cuando el alcohol escoce en su herida—. Casi me matas ahí abajo y ahora me torturas.

—Lo siento —le digo con sinceridad—, no te maté y ahora estás aquí culpándome por ello e incordiando con cosas perturbadoras. —Él inspira fuerte, se divierte, aunque no esté sonriendo, sé que lo hace.

Continúo limpiándole las heridas y soplando el área donde ya he terminado. Realizo la tarea con cuidado de que esa toalla en su cintura, no se levante más de lo debido y tenga yo que ver cosas no deseadas. Eso sí, después de tanto hablar y sugerir actos sexuales, ya siento que casi nos conocemos.

Bien me aconsejaba mi madre, cuando vivía en casa y le decía que fulanito o perencejo no me gustaba y que éramos amigos, ella comentaba: “No bajas la guardia, cariño, que entre hombres y mujeres siempre hay una atracción, por más enemigos o amigos que seas de alguien, cabe la posibilidad de que, si surge la oportunidad o el momento, acaben follando”.

Sacudo mi cabeza para alejar esas cosas absurdas de mi mente.

Termino la mayor raspadura en su pierna, en silencio. Turno a su costado, empapo otro poco de algodón limpio y voy a su costilla y parte de su espalda. Pongo cara fea al comprobar su dorso y se me hace un nudo en la garganta.

—Aquí tendremos que poner una venda o algo, las raspaduras están un poco profundas.

—Coloca un vendaje, así no se infecta.

Valentín ayuda con la gaza y juntos le damos tres vueltas alrededor de su cintura. En el

proceso mi piel acercándose demasiado a la de él, y me encuentro disfrutando de su mirada en mi rostro.

Pateo esos intrusos pensamiento fuera de mi camino de enfermera y sigo buscando más raspaduras. Llego a su brazo, ahí no es tanto y termino rápido. Recojo todo lo que he usado y desecho los guantes. En el baño dejo el kit en su sitio. Al regresar al aposento lo encuentro recostado; se ve extraño en mi cama, no de una forma mala, por desgracia, sino de una forma muy masculina en un jardín de rosas. Me dirijo a la cocina por un vaso de agua y un Paracetamol, al retornar continúa en la misma postura y lugar. Le pongo el agua en la mano y le doy la pastilla.

—Bébelo. —Él mira de mí a las tabletas blancas y de tamaño considerable.

—Que conste que yo, el atropellado, me voy a tomar esto por ti... para que me dejes tranquilo.

—Al fin haces algo por mí, aunque te hubiese agradecido que no te estrellaras contra mi coche, que salieras de mi camino... antes —añado y a punto está de responderme y seguro iniciar una de nuestras habituales discusiones—, pero bueno, ahora no vamos a entrar en detalles.

—Gracias al cielo que no, no tengo ánimo de pelear contigo. —Se toma la pastilla y devuelve el vaso. Aprovecho y le hago una última pregunta, ya que al parecer él no tiene intención alguna de decirme nada.

—¿Te duele mucho la pierna? ¿O es el tobillo? —No me muevo hasta que no escucho su respuesta.

—Es el tobillo, pero te aseguro que no duele tantísimo. Ahora voy a hacerle caso a mi odiosa enfermera y me voy a tumbar en esta cama extraña un ratito.

—Si hubiese sabido que me harías caso después de atropellarte, lo hubiese hecho antes.

—Si sigues hablando de esa manera, no creo que pueda dormir mucho, capaz y me levanto en una mesa de tortura. Visto lo visto y vivido lo vivido, te creo capaz de eso y más.

Sonrío.

—Vale, ya dejo de causarte traumas con mis palabras, tú intenta descansar.

Salgo del aposento, voy a mi bolso y busco mi teléfono, en la pantalla de inicio tengo varios mensajes de las chicas notificando que llegaron a sus casas, además todas preguntan que si estoy ya en mi piso. Lo bueno de no siempre responder, es que cuando no lo haces la gente no se preocupa. Apago las luces del salón y bebo un poco de agua antes de regresar a mi habitación. Valentín ha apagado la luz principal y solo quedan encendidas las brillantes cadenas detrás de la cabecera. Él está estirado en mi cama, envuelto en nada más que una toalla. ¿Cuán surrealista es la escena? Demasiado diría yo. De camino al baño pienso que en la vida pasan vainas extrañas, este cuadro nunca lo hubiese imaginado.

Me desmaquillo, me doy una ducha y me pongo un pijama normalito de puro algodón, ato mi pelo en una coleta y apago la luz del baño en mi camino a la cama. Ocupo el lado contrario a él y me meto debajo de las sábanas.

—Hace frío aquí —comenta mirando al techo.

—Entra dentro de las sábanas —le ordeno con tranquilidad.

—No quiero molestarte más, eres mi rival, no mi amiga para hacer *camping*.

—Lo bueno es que ambos lo sabemos, sin embargo, esta noche es una excepción. Así que deja de tocarme los ovarios y entra en las sábanas.

Levanto la tela incitándolo a entrar en su tibieza, es cierto que la noche está fresca. Suspira y con lentitud acepta la invitación. La distancia entre nosotros es mucha, pero aun así siento su calor bajo las mantas.

—Valentín —llamo su atención, responde con un *¿Hum?*—. Duerme que yo estaré pendiente de ti, si veo cualquier cosa rara llamaré a la ambulancia, aunque me quiten la licencia.

—Oye, no te preocupes demasiado por mí, que eso enamora a los hombres.

Bufo ante esa broma.

—De la última mujer en el mundo de la que te enamorarías sería de mí. Me odias, ¿recuerdas?

—Señorita Lecter, yo no te odio. Así que no estés tan segura de que no me pueda prender de ti. Quizás ya lo esté y por tu despiste natural no te des ni cuenta.

—Sí que te moví el cerebro con el golpe, estás hablando pura *pluma de burro* —le acuso, con el corazón desbocado por sus palabras en un momento tan íntimo como este.

—Buenas noches, Aruba, y feliz comienzo de la semana de San Valentín.

Sus palabras en tono divertido y en el fondo extrañas, apenas y las escucho mientras me pierdo en la inconsciencia de un agradable y cálido sueño con aroma a su *eau du toilette de Chanel*.

EPISODIO 4

—No, no me abandones ahora, vamos, ¡enciende, carrito bonito!

Imploro por un buen rato a mi coche que arranque, se ha muerto la batería, todo porque se me olvidó apagar la luz del interior... Otra vez.

Tres golpes en el cristal de mi ventanilla me hacen dejar el lloriqueo.

—Sal del coche, no lograrás nada si sigues haciendo eso.

Miro mal al imbécil de Valentín, hoy somos los últimos en salir del edificio. A regañadientes hago lo que me dice y mi colega gruñón y sin saco se pone manos a la obra: dobla las mangas de su camisa, abre el capó de mi coche, acerca el suyo, saca unos cables y los conecta de las baterías de ambos autos, enciende su coche y esperamos un rato a que su batería alimente a la mía.

Cuando termina recoge todos los cables, cierra el capó y me dice—: Por cosas como eso pido retribución... una cena o unos tragos.

—Pero como no sales con compañeros de trabajo, solo recibirás un gracias y adiós.

Sábado 16 de junio.

Según el horóscopo chino: el año del perro ^[3].

Unas horas antes de que Valentín saliera a divertirse con sus amigos.



“MI DESPERTAR, Y SU VIAJE”

A la mañana siguiente el sonido de agua corriendo me saca de mi confortable sueño. La habitación todavía sigue a oscuras como si fuese de noche, sin embargo, mi reloj despertador dice algo diferente: son las diez y media de la mañana.

Me remeneo debajo de las mantas y luego de un segundo mirando al techo, lo sucedido esta madrugada vuelve a mi cabeza; la cena, las copas, la señal de tránsito graciosa, mi coche golpeando algo, Valentín en el suelo, él herido burlándose de mi vestido, las conversaciones morbosas, luego su torso sin camiseta, la curación de sus heridas y por último él y yo compartiendo cama.

Me levanto con los ojos pesados por la falta de sueño y con el cerebro medio dormido rodeo mi cama justo cuando Valentín surge del baño aún en toalla, sigue mostrando demasiada piel y el panorama no es el indicado para la salud mental de una mujer recién salida de su periodo. Inevitablemente mis pies descalzos se lían en su camino y caigo sentada en la cama.

—¿Estás bien? —La voz de Valentín llega a mis oídos resacados.

—La que debería preguntar eso soy yo. —Levanto mi mirada pasándola lo más rápido que puedo por su cuerpo—. ¿Cómo sigue ese tobillo? —le cuestiono poniéndome de pie.

—Está hinchado y duele un poco...

—Deberías estar en cama, ¿quieres que te traiga una aspirina? Puedo ir a la farmacia y traer algo para esa hinchazón.

—No hace falta, además tengo cosas que hacer hoy. —Empieza a moverse con dificultad en dirección al salón, seguro a buscar su ropa.

Lo detengo interponiéndome en su camino, con los brazos cruzados en el pecho. Él que no controla sus movimientos tan bien como de costumbre, choca conmigo y le tengo que sostener para que no caigamos los dos al suelo. Vuelvo a colocar mis manos sobre mi pecho, en muestra de contrariedad por su levantar.

—Es domingo, no tienes que trabajar, creo que lo que sea que tengas que hacer puede esperar a que tu cuerpo atropellado se mejore. Y antes de que lo digas; sí, soy la única culpable de tu estado actual, y sí, me haré responsable de eso como mejor pueda. Aunque tenga que ser tu enfermera por unos días...

—Por siete días, para ser precisos —me interrumpe imitando la posición de mis brazos, curiosamente mis ojos se pierden en esos fantásticos bíceps duros y apetecibles... tumbo ese pensamiento maligno de la cima de mi cerebro adormilado y le respondo sin moverme ni un milímetro de donde estoy. También como conozco a Valentín, sé que está tratando de intimidarme.

—Ni en tus sueños estaré tantos días cerca de ti haciendo de cuidadora. Por lo que, te recomiendo trates de sanar en los próximos tres días. Luego de eso, consideraré mi deuda pagada y me retiraré de esta zona... —indico con una de mis manos el espacio alrededor de ambos—, de tregua.

Él hace gesto de incredulidad, levantando una de sus cejas.

—¿Así es como resuelves un problema que te puede llevar hasta la cárcel?

—¿Me estás amenazando, Valentín de los jodidos Santos?

—Hey, no insultes el apellido de mi santo padre.

—Y tú no me toques los ovarios con esas amenazas subliminales, si me jodes demasiado, otro accidente te puede ocurrir.

—¿Actualmente quién está amenazando a quién? —Me encojo de hombros—. Eres media psicópata, lo sabes, ¿verdad? —Frunzo el ceño y desestimo su comentario con un aleteo de mi mano—. Bien, tres días serán suficientes, pero si mis lesiones empeoran tendrás que seguir por los días que hagan falta. Ahora debes irte a duchar. Vamos a salir.

—¡Claro que no! Estás cojo y estropeado. Debes quedarte en cama, no esforzarte tanto.

—No hay de otra, tengo un compromiso al que no voy a faltar.

—Valentín, es domingo, necesito ir a usar el baño, pasar por mi cocina a coger un pan con mantequilla, comerlo de dos bocados y volver a dormir hasta que mi cuerpo resacado quiera. No me hagas salir a la calle, ¡se supone que no tengo que verte la cara de *sieso* los domingos! —le grito alejándome de él. Tengo sueño y afuera seguro debe estar haciendo un poco de frío.

—Si lo de anoche no hubiese pasado, te hubieras librado de mi cara de... —Se detiene un segundo gesticulando la última parte de la oración, y es inevitable no sonreírle—. Aruba, si no me doliera el tobillo tanto no te pediría que vinieras. En mi estado actual no podré conducir y odio los Uber y los taxis. Ve a ducharte y a arreglarte para un cóctel matutino. Nada que amerite otro bendito vestidito como el de anoche. Te esperaré en el salón.

Aun con su cojera se marcha triunfante de la habitación. Lo apuñalo por la espalda, ese jodido cabeza dura me fastidió la semana y tal parece que hará lo mismo con mi día libre.

¡Estoy que no pego una!

No pienso mucho en que mi domingo de glorioso *existir* se esté yendo por el retrete y me meto a la ducha. Lavo mi cuerpo con rapidez, al salir, la habitación está vacía y la puerta cerrada. Compruebo el seguro, satisfecha con mi privacidad, voy a mi ropero y extraigo algo parecido a lo que él describió; escojo un bonito vestido de puntos en un tono rojo intenso, la prenda es perfecta para días como el de hoy, con sus mangas largas me mantendrá calentita. El vestido cubre hasta encima de mis rodillas, escojo unas botas bajas, color caramelo, y de complemento una bufanda de tela de cuadros grandes de diferentes tonos de rojo y *beige*. Otra vez en el baño, suelto mi pelo castaño claro, notando que las puntas se han rizado; lo peino con los dedos y lo

dejo como caiga. Enfoco mi mirada en mis ojos oscuros, no solo el iris sino también las ojeras debajo.

Suspiro resignada mientras abro unos cajones; saco mis bases y rímel. Aplico un poco de cada uno, no mucho porque odio que mi rostro esté cubierto de demasiadas cosas, y cuando ya estoy satisfecha coloco el bálsamo para mis labios. No me miro mucho al espejo, hoy no voy a impresionar a nadie, y para colmo de males saldré con Valentín, por lo que no me preocupa mi aspecto más allá de básicamente "verme bien".

Recupero mi teléfono de mi mesilla de noche y salgo de la habitación. Valentín ya está vestido esperando por mí en el salón, el entorno iluminado por la luz del día que entra por el ventanal del balcón. Afuera está soleado, pero el vaho del frío empaña las ventanas.

—Recojo mi bolso y nos vamos a donde sea que vayas tú, un domingo como este, cuando se puede estar mejor en la cama.

Él no dice ni *Mu*, solo se levanta vistiendo su ropa de ejercicio maltratada. Me echa una mirada y luego un asentimiento de aprobación, mi respuesta es un gesto de hastío. Cierro la puerta y le sigo. Al llegar a mi auto él se sienta del lado del copiloto. Reacomodo el asiento del conductor a una distancia que me permita tocar los pedales, y cuando estamos listos nos colocamos los cinturones. Valentín teclea una dirección en el GPS, me fijo que dicha ubicación está a solo una cuadra de mi casa.

Al parecer es cierto eso de que vive tan cerca de mí. Me encojo de hombros interiormente, no me interesaba ni había tenido la necesidad de saber dónde vivía mi rival. Eso no me convierte en despistada, como él me acusó, más bien me convierte en desinteresada. El coche sale y de inmediato mi lista de reproducción *mágica* empieza a alegrarme el día con la voz de Pablito Alborán, interpretando esa canción que me pone a tararear con todo el cuerpo.

*Entre tu boca y la mía hay un cuento de hadas
Que siempre acaba bien, entre las sábanas frías
Me pierdo a solas pensando en tu piel, que curiosa
La vida que de pronto sorprende con este loco amor
Y es que todo se acaba y termina si dejo de ser lo que soy
Bésame, no dudes ni un segundo de mi alma
Alteras mis sentidos liberas mis alas...*

Se me olvida que él está a mi lado en un dos por tres y me dejo llevar del ritmo de la música...

*Sin ti yo me pierdo, sin ti me vuelvo veneno
No entiendo el despertar sin un beso de esos
Sin tu aliento en mi cuello, sin ti yo me pierdo
Sin ti me vuelvo veneno, no entiendo el despertar
Sin un beso de esos, sin tu aliento en mi cuello*

Ya no me importa que mi domingo no sea como debería. Ese es el poder que tiene la música en mí, que con solo escuchar algo con lo que me siento identificada, que me gusta y disfruto, ya siento que ha valido la pena el despertarse y salir al mundo.

La música se apaga cuando me detengo frente al edificio que indica el GPS. Conozco esta parte del residencial, son los apartamentos más costosos y los más bonitos, todos con vista panorámica de la ciudad.

—¿Subes? —me pregunta Valentín y yo niego.

—Te espero aquí abajo.

—No tardo.

Vuelvo a tocar el botón de reproducción, solo que esta vez no escucho la música y sí el cúmulo de cosas en mi cabeza. En los tres años que llevo conviviendo laboralmente con mi jefe, no vi tanto de él. He sido testigo de su seriedad en el trabajo, su compromiso con el equipo, su mala leche cuando las cosas no salen como deberían y su renombrada mala educación de no saludar. Sin embargo, en apenas horas ya sé dónde vive, que es un atleta disciplinado, que es prácticamente mi vecino y que además le gusta madrugar. También he conocido ese indicio de sonrisa que le queda tan bien como sus corbatas y sus trajes de sastre, pero sobre todo he descubierto que contrario al pensamiento que me hice de él —*en el que yo le caía tan mal como un litro de leche agria*— no es cierto. No me ha gritado porque le atropellé, no me ha hecho sentir culpable, aunque lo sea, ha estado bromeando conmigo y hasta se negó a ir al hospital para que no me quitasen la licencia. Quizás no sea el único motivo, aun así, significa mucho para mí que al menos lo tomara en cuenta; añadámosle a todo eso lo que dijo anoche, esa aclaración bajo las sábanas, la cual quise hacer de cuenta que no escuché... pero sí que lo hice.

—*Señorita Lecter, yo no te odio. Así que no estés tan segura de que no me pueda enamorar de ti. Quizás ya lo esté y por tu despiste natural no te des ni cuenta.*

El recuerdo de su voz, el tono bajo y serio, la suavidad de cada palabra y la reputación de Valentín de no hablar cosas porque sí; hacen que mi estómago forme un nudo en el centro de mi cuerpo. Es un sinsentido que esté pensando en eso, sin embargo ¿cómo lo detengo?, cómo detenerlo si ese hombre en tres años es el único que ha movido mi mundo con sus palabras. Es cierto que nunca ha dicho algo como lo de anoche, algo tan delicado y problemático.

No hay forma de que se digan cosas así y uno no termine afectado, el cerebro es un aliado cizañoso, mira que rebobinar una y otra vez las conversaciones de la noche anterior, buscando no sé qué...

—Listo. —No me di cuenta en qué momento salió del edificio, ni cuándo subió al auto, hasta que habló. Me recompongo y pongo el coche en marcha, por su parte, Valentín coloca nuestra próxima parada en el GPS, y Melendi rompe el silencio con la canción *Desde que estamos juntos...* esa canción, como el resto de la lista de reproducción, por más que intentara evitarlo, me hacía mover alguna parte del cuerpo.

Quién diría que la presencia de Valentín, mi archirrival, competidor y dolor en el culo, no me cohíbe de ser yo misma y disfrutar de la música. Increíble, pero el aire que se respira en el coche es de dos personas que están cómodas una al lado de la otra, como si fuésemos amigos.

Quién diría...

EPISODIO 5

Por lo general disfruto venir a este lugar, sin embargo, hoy no es el caso. Es una cena de negocios con la división de China, Valentín y yo estamos sentados frente a frente, me encuentro entre el director de proyecto de allá y su inquietante y perturbador socio. El hombre no ha parado de mirarme con sus ojos rasgados llenos de malicia y de querer toquetearme durante toda la cena.

—Con permiso, voy al baño. —Me alejo de la mesa manteniendo la calma para que nadie se dé cuenta de mi incomodidad por la abrumadora presencia del asiático observador de pechos. Voy al baño y me tardo más de lo necesario en el tocador. Cuando salgo del lavabo me encuentro a Valentín casi frente a la puerta.

—No regreses a tu asiento, cambiemos de lugar.

—No hace falta...

—Sí que lo hace, si vuelvo a ver al socio intentar cogerte la mano o tocarte donde no debe, le golpearé. Ahórranos ese disgusto y cambia de asiento.

12 de agosto.

Según el horóscopo chino: el año del perro.

Cena de negocio en famoso restaurante oriental en Barcelona.



“MI APELLIDO, Y SU FAMILIA”

Llegamos al lugar que indicaba el GPS, después de casi una hora y media de camino. Miro por los cristales del coche a la enorme pared de ladrillo interrumpida por una bonita puerta de madera, que marca una entrada a lo que parece ser una casa. Salgo del coche y leo el número de vivienda y debajo el apellido " de los Santos".

El *cojo* Valentín llega a mi lado y ahora lo puedo apreciar mejor, viste; zapatillas blancas, pantalones vaqueros ceñidos resaltando cada parte dura de esas piernas y camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos. Su pelo bien peinado y su cara con una barba incipiente bien cuidada. Nuestros ojos se encuentran por un instante. Destrobo su mirada de la mía, al notar cómo sus labios se levantan para sonreír. Está disfrutando hacerme sentir incómoda.

—¿Te gusta lo que ves?

—Si te refieres a la *caca* de perro al fondo de la acera, para nada —miento para bajarle un poco el ego. Entre tanto, ruego “que no se dé la vuelta, que no lo haga o descubrirá mi mentira”.

—No era eso lo que veías, pero lo dejaré estar.

—Tú qué sabes. —Levanto mi mentón arrogante.

—Más de lo que te digo o de lo que crees. —Cautivada por su mirada me encuentro incapaz de refutar lo dicho—. En otro orden, antes de que entremos deja y te advierto: mi madre es doctora y desde que me vea caminar sabrá que algo me pasa, no le digas que me atropellaste o te mirará con malos ojos. —Se arrima a mí un poco demasiado, atrapando un mechón de mi rizada melena en sus dedos—. Diremos una pequeña mentira, me caí de la bicicleta mientras hacía ejercicio. Le diré que no podía conducir, por lo que tú, mi compañera de trabajo, amablemente accediste a traerme.

Libero mi pelo de entre sus dedos, pensativa, y un poco renuente a ser parte de una falsa.

—¿No sería mejor si te quedas aquí, en tanto, puedo dar una vuelta por el lugar, buscar un restaurante y regresar por ti cuando me indiques...? —propongo.

A mí me asusta un poco entrar a esa casa y conocer a su familia. No es por nada en específico,

es solo que Valentín y yo ni siquiera somos amigos para estas cosas, encima de eso tendré que mentirles a sus padres sobre un hecho tan relevante.

—No. —Acota sin ninguna otra explicación ni respuesta a mi propuesta.

—Valentín, no sé si lo sepas, pero mentir no es lo mío. Tu madre me descubrirá desde que me vea entrar a la casa.

—No mientes nada bien, pero eres lo suficiente *dramática* para pasar las siguientes horas aquí y no delatarnos. —Su burla implícita cuando me llama “dramática”, me molesta un poco.

—No soy dramática. —Le miro frunciendo el ceño, porque, ¿desde cuándo se fija él tanto en mí?, para saber que a veces exagero un poco las cosas.

—Lo eres, más que una *Drag Queen*, cuando quieres. —Frunzo más el ceño al no poder negarlo sin hacer un drama y darle la razón—. Con el plan claro, vamos dentro que ya llego bastante tarde.

Me toma por la mano y, aun cojo como está, me arrastra dentro de la casa.

En el interior mi boca se queda abierta al ver el bello lugar; es un sitio enorme, de un piso, con un jardín verde como si le hubiesen pintado con aerosol, el patio de pinos grandes y finos. En derredor un camino pavimentado, con antorchas recargables cada tres pasos. En todo el jardín mesas y sillas blancas, con manteles en un tono rosa pastel, una mesa más grande y cuadrada en una esquina con lo que parecen refrigerios y un pastel de dos pisos.

—¿Alguien está de cumpleaños?

Antes de que él me responda somos interrumpidos.

—Valentín —un hombre de unos sesenta años, de físico fuerte, llega hasta donde Valentín, quien sin soltar mi mano le abraza. Con la cercanía de los dos rostros masculinos noto la similitud.

—Papá, lo siento, llego un poco tarde —se disculpa. El papá de Valentín toca su hombro con cariño tosco de padre a un hijo, la semejanza en ambos hombres es tanta que te permite prever cómo será el hijo cuando tenga la edad de su papá. Comparten el mismo color avellana de los ojos, el tono de su piel clara, la cabellera suave y abundante, aunque en el padre hay además unos tonos blancos mezclados con el rubio castaño oscuro. Son semejantes hasta en la elegancia. Después de un momentito en que miro de uno a otro, somos presentados—. Papá, ella es Aruba Lecter, mi compañera de trabajo.

El señor de los Santos deja a su hijo a un lado, y me saluda con un indicio de sonrisa en su rostro.

—Aruba, ese es un nombre muy bonito, igual que tu rostro. No obstante, tienes apellido de asesino en serie.

Extiendo la mano y estrecho la del padre de Valentín, respondiendo con agrado el comentario sobre mi apellido.

—Me lo dicen mucho, pero tranquilo, usted y los suyos están a salvo. Yo aún no me decido a practicar esa profesión ligada a mi apellido, le comento que casi soy vegetariana.

—Eso es bueno saberlo —el amable caballero se acerca y me da dos besos—, es un gusto conocerte; soy Víctor de los Santos. —Mira de Valentín a mí por un segundo fijándose en nuestras manos unidas—. Vengan dentro, ya van a empezar los juegos y tu hermana te espera con ansias.

Desde que el señor de los Santos da media vuelta, me suelto del agarre de Valentín, como si su palma —*que estuvo todo ese rato unida a la mía*— ahora me quemara hasta el hueso. Pero al verle cojear tan malamente vuelvo y le doy mi apoyo, incluso cuando el caliente de su piel contra

la mía, me esté haciendo parecer como que quien en verdad tiene los tobillos chuecos, soy yo.

—Que sepas que solo te doy mi mano para que no te caigas de bruces contra el suelo.

—Gracias, *Drag Queen*, no sé qué haría sin ti... quizás sí lo sé, no estaría lesionado, ni dando lástima.

A punto estoy de responder a su retroalimentación sobre el atropello, sin embargo, una señora de pasos lentos, mirada sumamente enfocada, ataviada en un conjunto de blusa y pantalón *beige*, se acerca con los brazos abiertos hacia Valentín. Aquí sí que saco mi mano de su agarre lo más rápido que puedo.

—Hijo mío, hasta que llegas. —Lo separa y le examina de la misma forma que hace mi madre—. ¿Qué carajo veo? ¿Has tenido un accidente? —Entonces es el momento de Valentín para contar "lo sucedido". Él termina de narrarle el cuento que se inventó y ella le mira no muy convencida, esa forma de estrechar la mirada en un gesto muy de Valentín, que ahora sé de dónde viene.

—Hola, tesoro, disculpa que no te saludara antes. —Sonríe en mi dirección y me toma entre sus brazos, algo inesperado—. Soy Claudia, gracias por traer a mi Valentín a casa...

Sus palabras se apagan lentamente, aún sostiene mis manos cuando una linda jovencita; de pelo larguísimo y cuerpo delgado, camina hasta los brazos de Valentín. Él se aleja de mí y se interpone en la trayectoria de la chica. La sostiene y la hace girar un poco. Al detenerse, la pone en pie y ella saca un palo plateado de un bolsillo de su vestido de volantes, y con un único movimiento de su mano el palo se convierte en un bastón para personas ciegas.

—Ella es Clara, la hermana menor de Valentín. —Su madre a mi lado, sosteniéndome por los hombros, habla con orgullo y amor en su voz—. Como ves, hoy estamos celebrando su cumpleaños. Cumple dieciocho y es ciega de nacimiento. Ven, te la presento, le encanta conocer gente nueva.

Claudia y yo nos detenemos al lado de Valentín y su hermana, y los escucho murmurar algo entre ellos, pero no logro entender qué es lo que dicen.

—Clara, aquí —exclama Claudia llamando su atención—, te presento a la compañera de trabajo de Valentín.

La chica sonriente sale de los brazos de su hermano, sus ojos cerrados están maquillados, acentuando esa belleza frágil y añorada de una chica recién convertida en adulta. Usa su bastón para comprobar el suelo frente a ella, da dos pasos e increíblemente se acerca a mí.

—Hola, los amigos de mi hermano son míos también. —Sonríe y abre los brazos para darme un saludo. Me acerco con el corazón apretado, no de lástima sino de admiración.

—El gusto es mío —digo y aprovechando que Valentín y su madre se han movido unos pasos, sin pensarlo mucho añado—: No sabía que vendría a un cumple tan importante como este, de haberlo sabido te hubiera traído algo bonito.

Ella vuelve a sonreír y luego hace como que está pensando.

—Eso tiene solución, ¿qué te parece si me llevas un día a un bar? —musita cerca de mi oído—. Mamá no me dejará ir sola, y con ella no es divertido, si algún día puedes me llevas a uno y me doy por bien regalada.

Su forma de hablar; con su rostro en mi dirección, su postura elegante y altiva a la vez, la candidez y seguridad que exterioriza, son muestras de que el ser humano es lo que quiere ser, faltándole lo que le falte. Cuántas personas hay en el mundo con todos sus sentidos y aun así no muestran la felicidad que la joven frente a mí. Ella no conoce el mundo, ni los colores de los días, o la noche, no conoce las nubes ni los pastos... pero al parecer no le hace falta, es feliz y no

necesito diez años de amistad para saberlo, eso se percibe y de ella sale a montones.

—Encantada de llevarte a un bar, tú solo dices cuándo y sacamos los minivestidos y los tacones. Te llevaré a uno muy bueno, con alcohol y música toda la noche. —Es una promesa a la que no pienso fallar.

—¡Trato hecho! —celebra Clara con una enorme sonrisa de dientes blancos.

—Veo que mi hermanita te acaba de involucrar en una de sus aventuras. —Nos interrumpe Valentín acercándose y besando la mejilla de la chica.

—Lo siento, no sé de qué me hablas. —Me hago la tonta obviando su pregunta.

Él me devuelve la mirada y le veo emular con sus labios un mudo "gracias" que me descoloca al instante. « ¿Qué carajos me está pasando? ¿Por qué dejo que sus actos y respuestas me afecten tanto? » Recibo con agrado el tronar de palma de Clara, que ahuyenta mis pensamientos.

—Bien, vamos a jugar, Valentín ha llegado. —Ella se gira frente a su hermano, el cual pone cara de dolor.

—Nena, sobre eso... no creo que podamos jugar —le informa Claudia, parándose a mi lado—, tú hermano se ha accidentado.

—Lo siento, Clara —se disculpa Valentín tocando su rostro con cariño y pesar.

—¿Val... estás bien?, ¿te hiciste daño? —Una sombra de preocupación nubla su semblante que hace apenas un rato estaba radiante de alegría, su rostro se transforma, y no me gusta lo que veo. Es su fiesta de mayoría de edad y debe ser divertida.

—No qué va, tu hermano es como una pared de fuerte, no te preocupes. —Ella respira aliviada y yo que en veinte minutos estoy más involucrada con esta chica, que la carne de un tamal, me lanzo a por sus palmas, la agarro y le pregunto—. Clara, ¿qué tal si yo me uno al juego en lugar de tu hermano? Soy muy buena derrotando gente.

Clara lo duda por un momento, la madre me observa y Valentín por igual. Al final ella asiente en mi dirección y al minuto siguiente estoy jugando unos juegos muy divertidos.

Los amigos de Clara son invidentes también, por ende, que para competir en el equipo tengo que vendarme los ojos. La primera competición es una moderada carrera de sacos, luego una especie de *Twister* y por último un ponle la cola al burro. Durante todos los juegos recibimos orientación de alguien más para saber a dónde vamos.

Ella y yo ganamos dos de tres, quedando en primer lugar gracias a las instrucciones de Valentín y su padre, quienes fueron nuestros ojos. Cuando la venda fue quitada de mí, Valentín estaba ocupando todo mi campo de visión; sonriendo como un sol, mirando a su hermana triunfante, mientras me aferraba la mano derecha y la acariciaba con lentitud.

—Creo que al final tres días no serán suficientes —comenta antes de soltar mi mano e ir a ayudar a uno de los chicos, que está en apuros.

Yo que a veces soy un poco lerda, no sé qué carajo quiso decir con eso, pero nada bueno puede ser, no si hace que mi corazón palpite hasta casi salirse por mi boca.

Dejo ese lío de palabras para interpretarlas luego y camino en dirección opuesta a Valentín. Voy directo hacia su madre quien me llama con sus palmas, no sin antes echar una mirada hacia atrás, e inesperadamente lo encuentro ayudando al chico, sin embargo, su mirada de avellana puesta única y exclusivamente en mí.

Saco mis ojos de él, preocupada al pensar que quizás no es buena idea ocultarle a su madre lo grave del accidente de anoche. Tan mal ha de estar su cabeza que ahora hasta me sonrío con dulzura. A mí, que durante tres años siempre he recibido gruñidos de su parte, como si mi presencia le causara algún tipo de alergia. No ha habido día en estos años, en que él y yo no

termináramos lanzándonos cosas a la cara, con la única intención de molestar al otro. En estos momentos no me quedan dudas de que su cerebro no está donde debería. Le tocará a su madre médico, discernir a qué parte del cuerpo le moví los sesos con el impacto del choque, y comprobar qué otra parte ocupa actualmente su cabeza, porque su cerebro no puede ser.

De acuerdo con esa idea que justifica su raro proceder; su afán de tenerme cerca, sus toques tímidos y a la vez certeros, esas miradas, sus indicios de sonrisas y sobre todo esas revelaciones de algo oculto que a veces deja entrever en sus palabras, típicas de un coqueteo que no estaría pasando si él estuviera bien.

Decidida planeo tomar acciones inmediatas para poner punto final a la situación, ese hombre no puede seguir haciendo esas cosas, las cuales me están volviendo un poco loca al desubicarme y gustarme tanto.

Sí, quizás hasta yo estoy traumada por el accidente, por tanto, sería normal mi reacción agradable a él. Como también tendría sentido mi nuevo pensar, en el que quiero que Valentín *no* salga de mi camino. Desde esta mañana lo que realmente quiero es ponerme de puntillas frente a él y sin ninguna religión más allá que la pasión, besarle.... besarle porque sí, porque es guapo, porque me mueve el piso con miles de emociones, y besarlo porque quiero. No es nada romántico, esto que ahora codicio es lo que pasa después de hablar de cosas mundanas con un hombre como él; se te enciende la piel y el cuerpo lo pide a gritos, como el sediento pide agua hasta saciarse...

—Loca debo estar —me encuentro a mí misma hablando sola—. Un único día con él, ha bastado para volverme tan subnormal como para pensar en besarle.

Le doy *borrar* a ese inapropiado pensamiento de Valentín y yo en esa situación tan comprometedora, entre tanto, le sonrío a la madre y maldigo al hijo por ponerme en este estado de necesidad femenina. Convirtiendo el desagrado de siempre, en un nunca antes experimentado *quiero besarlo*.

EPISODIO 6

—Aruba, ven a mi cubículo un momento.

—Claro, dame un segundo. —Cuelgo la llamada y me uno a mi compañero, después de enviar un email.

—Acércate y dime si ves lo mismo que yo en este reporte. —Extrañada me aproximo a su escritorio, plantándome a su lado. Él está sentado en su sillón y me indica con el ratón del ordenador un punto que no logro entender del todo. Sin pedir permiso saco el cursor de su mano y navego por el documento en la pantalla, tan concentrada que no me doy cuenta de que mi torso ha quedado cerca de su rostro.

—¿Has cambiado de loción? —su pregunta fuera de contexto.

—¿Qué? Vas a decir que te gustaba la otra...

—Me gusta tu aroma tanto como me gusta cultivar cactus —añade con lo que entiendo es su tono burlón que dice que odia cultivar nada.

—Pon tus quejas por mis lociones en Recursos Humanos. Ahora bien, sobre el reporte, está claro que los meses de mayo a julio no están bien cuadrados.

—Gracias por confirmarlo. Y para tu conocimiento, RR. HH no acepta quejas de la índole que quiero darle sobre ti.

—Pues ni modo, te aguantas como todas tenemos que aguantar tu colonia falsa de Chanel.

Primer lunes de septiembre.

Según el horóscopo chino: el año del perro.

Revisar informe trimestral del departamento.



“MI FALDA, Y SU CAMISA”

—Buenos días —saludo a Valentín cuando a las ocho de la mañana él entra en mi coche.

Hoy está ataviado en un traje de chaqueta azul oscuro, con camisa ligera en un color más claro de fondo, su colonia invade todo mi auto, y su mirada en mi perfil me quema la piel de una forma extraña e indebida entre nosotros.

—Hola —me responde y me giro incrédula a mirarle, aún después del día que tuvimos ayer, no esperaba su respuesta—. ¿Has dormido bien? —Impactada asiento a su cuestionante.

—Sí, he descansado y estoy lista para la semana. Tengo una duda: ¿aún está en pie la reunión programada para hoy?

—Sí, anoche verifiqué mi correo y aún sigue en nuestra agenda. Es mejor así, de todas formas, ya tenemos el proyecto listo, exponerlo un día como hoy también es buena idea. Quiero que el cliente tenga la cabeza fresca para que aprecie el esfuerzo que hemos hecho. Estoy seguro de que ninguna otra compañía podrá tener una propuesta de publicidad para personas discapacitadas, tan buena como la nuestra.

—Debes estar emocionado —agrego concentrada en la carretera y en sus palabras.

Hemos estado trabajando en este proyecto desde hace unos meses y en el camino he descubierto cosas que ni siquiera pensé que existieran. Yo no tenía noción de que había revistas que estaban lanzando sus trabajos en versiones braille, para consumo de invidentes, y que también hay televisión específica para sordomudos. Gracias a este proyecto me he metido de lleno en la realidad de los llamados “discapacitados”, y he descubierto a gente fuerte y auténtica aun con sus limitantes. De este lado de la realidad hay personas alegres como Clara, que tienen una luz propia que brilla más que la de muchos individuos totalmente funcionales, los cuales

deciden vivir la vida como si les hubiesen mutilado los sentidos, el corazón y hasta el alma.

El día de ayer increíblemente fue mejor de lo que yo había pensado en un principio. Salimos de la casa de los padres de Valentín a las ocho y media de la noche, la fiesta se terminó a las cinco de la tarde después de compartir con familiares e invitados. Claudia insistió en presentarme a todos, con el gesto se aseguró de integrarme en la reunión familiar e íntima. Algo que noté en ella, aparte de su fino gusto por la ropa y su perfecta forma de estar, es que cuando la elegante dama comentaba algo sobre sus hijos; se le notaba tan orgullosa de ellos y presumía de sus logros de una forma bonita, que hasta a mí me hacía sentir bien. Toda la tarde me presentó con alegría y con cierta aprobación en la voz. Yo le seguí los pasos y ocasionalmente mi mirada se encontró con la de Valentín, y en cada momento mi cerebro gritaba asustado: *¡que terminen ya estos tres días!*

Después de varias horas llegó el momento en que todo el mundo bailaba. Clara es una persona fuerte y persuasiva, tanto que sin darme cuenta me hizo acompañarla en la pista cuando empezó a sonar la canción: *Sorry* de Justin Bieber. Mientras yo me movía al ritmo de la música, acompañando a Clara quien lo hacía genial, su hermano Valentín de los observadores Santos, no me perdió el rastro ni por un segundo. Sus ojos me seguían los pasos sin vergüenza alguna a ser tan obvio. Nos fuimos más tarde porque la madre y el padre de Valentín insistieron en que nos quedáramos a cenar. Clara también lo quería y para no alejarla tan pronto de su apreciado hermano, accedí a quedarnos para la cena.

—Gracias por aceptar quedarte. —Se acercó a mí Valentín en un momento que estuvimos solos.

—No es nada, te lo debo. —Me negaba a mirarlo, así que me aferré al vaso de refresco en mi mano—. ¿Tú, estás bien? ¿Te duele algo?

—Estoy bien, deja de preguntar eso. Ni que me hayas dado tan fuerte.

—Anoche no decías lo mismo...

—Gracias a tus cuidados he mejorado, eres muy buena enfermera, solo debemos practicar el tema de la vigilancia, te dormiste primero que yo.

—No es cierto... solo cerré los ojos un rato.

—Lo que digas... ¿quieres ver algo bonito?

—¿Ehh?

—Ven, deja y te muestro... —Sin más aviso que ese, me llevó de la mano y me guio con su torpe caminar hasta que entramos a una recámara que identifiqué como la suya de cuando era adolescente. El cuarto tenía algunos pósteres y figuras de *La guerra de las galaxias*. Abrió otra puerta y al salir quedé fascinada. Había una pequeña terraza y unos diez pasos adelante un corredor angosto lleno de cactus y suculentas—. Mira, esa de allí, es la madre de Clementina.

Me indicaba un cactus redondo en específico, una versión agrandada del mío.

—¿En serio? Pensé... ¡dijiste que la habías comprado!

—No fue así, mi padre es paisajista y desde muy pequeños hemos trabajado en nuestro propio jardín. Clementina fue cuidada por nosotros, te la regalé porque aquella Navidad vi tu fondo de pantalla varias veces, siempre tienes imágenes de cactus, así que decidí llevártela.

No supe qué decir a eso, solo halagué lo hermoso del jardín, entre tanto, hablamos de cualquier otra cosa.

El interludio de la cena me resultó extraño, mucho, la verdad, no por la familia, fue más bien por la facilidad con que Valentín y yo estábamos interactuando. He de reconocer que la pasé muy bien, hablamos y reímos de muchas cosas. Mi jefe, o mejor dicho el atropellado, se sentó a

mi lado y me sorprendió más de una vez al reírse a carcajadas. En todo el tiempo que llevo conociéndolo; viéndolo a diario, en cientos de situaciones distintas, nunca lo escuché reír como lo hizo con su familia, y el descubrir que fuera capaz de dejar que la alegría lo dominase me dejó un momento atónita.

Al final de la velada, salimos de la casa de la familia de los Santos con unos frascos de pastillas para la recuperación de Valentín y un diagnóstico total de su madre que lo examinó y determinó que su cerebro estaba bien. Condujimos en silencio la mayor parte del viaje de regreso, comentando ocasionalmente cualquier cosa al azar.

Una vez en nuestro residencial acordamos que le pasaría a recoger hoy y que llegaríamos juntos al trabajo. Luego de dejarlo fui a mi apartamento, me duché y me metí en la cama, sin pensar mucho en nada ni obsesionarme con respuestas.

Esta mañana... no estoy obsesionada, pero tampoco dejo de pensar en qué es lo que está pasando entre nosotros. Soy totalmente consciente de que una clase de coqueteo sugerente se ha instalado entre él y yo, el cual estoy segura de que terminará hoy cuando entremos a la compañía. Valentín de los Santos es un hombre medido y concentrado en sus funciones, y visto su comportamiento en la casa de sus padres, no me queda duda de que en cuanto ponga un pie en la oficina su cara de sieso regresará, y yo podré seguir feliz medio odiándole.

No comentamos nada más durante el viaje al trabajo, la radio y mi lista de reproducción armonizan el ambiente mañanero, en un volumen bajito el señor Alborán interpreta: *Volvería*. Atravesamos la ciudad y llegamos al edificio de la compañía, reduzco la marcha y le dejo frente al ascensor para que no tenga que caminar más de lo necesario, todavía está cojeando, incluso cuando intenta no hacerlo.

—Quédate aquí, así no nos ven subir juntos —indico mirando por el retrovisor que no haya nadie detrás.

—¿Qué? ¿Tienes tú algún problema con eso de que nos vean llegar juntos? —Su pregunta un poco pesada. No me molesto, esos son los aires de mala leche que ya le están poseyendo.

—No, pero tú quizás sí. Recientemente me enteré de que tienes una relación con una chica de finanzas.

Él lo único que hace es resoplar antes de obedecer, y salir del coche con su maletín en mano. Yo me tomo su actuar como una respuesta positiva a que sí tiene reparo en ser visto llegando conmigo.

A conciencia desecho cualquier pensamiento sobre lo sucedido, aparco el coche, salgo con mi maletín y me paro al lado del auto para acomodarme la falda tubo negra y la chaqueta a juego. Hoy vine más arreglada que de costumbre, exclusivamente porque presentaremos el proyecto publicitario a la junta. Aparte de la ponencia que tendremos, nuestra presentación como individuos también cuenta. El profesionalismo debe salir por los poros, y por la chaqueta de sastre que llevemos.

Camino y el sonido de mis pasos en el suelo del piso del parqueo se escucha más ruidoso de lo que es en realidad, es cosa del eco en el lugar. Disminuyo un poco mi marcha al visualizar que Valentín todavía sigue fuera del elevador. Mi corazón da un vuelco y lo detengo de hacerlo de nuevo, aún no he desayunado para estarme emocionando tan fuerte por nada, eso me podría provocar un mareo y con esta falda que llevo, lo último que quiero es caer desmayada y que se me vea todo lo que Dios me dio.

—Bonita falda, Aruba, no la había visto antes —comenta cuando estoy pasando frente a él.

Con mis latidos en su sitio, camino hasta pararme a su lado y sin preguntar si ya lo ha hecho,

presiono el botón del ascensor para subir. El aparato se tomará un rato, ya que tiene que subir a la última planta y de regreso.

—Qué gracioso, mejor hablemos de qué haces aquí, ¿esperas a alguien? —cuestiono a mi jefe para molestarlo un poco. Él se gira en mi dirección apoyando su hombro en la pared.

—Pues ya que lo preguntas, y que veo lo sabes, sí. Espero a alguien que me gusta mucho.

Un pinchazo en mi pecho... «Ahí tienes, por iluso y confiado. Más tarde te pondré una tiritita de *gin-tonic*, para curar esa pequeña decepción.» Le comento a mi corazón que no sé qué le pasa esta mañana, ni que la atropellada fuera yo y ahora esté presentando algún trastorno disociativo y afectivo.

Aunque para ser honesta conmigo misma, no es que tenga ningún trastorno, es que no hay manera de que un hombre y una mujer queden indiferentes después de compartir una cama, todo un día juntos y algo de coqueteo, como pasó entre nosotros. No es que sea algo serio, no obstante, tarde o temprano cierta atracción y morbo se empieza a cocinar y de mi parte ambas cosas están en su punto; listos para servir y degustar.

—Anda, Valentín de los Santos, quién diría que tienes un corazoncillo en ese fatuo pechito tuyo, espero que con ella no seas tan patán como con la mayoría del mundo.

—No soy patán, soy hombre de pocas palabras que no es lo mismo —se defiende, miro agradecida que el ascensor ya viene de bajada.

—Eso no te lo crees ni tú. No te preocupes, yo prometo no decir nada, tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias —responde lleno de sarcasmo—, por lo menos algo mío está seguro contigo —me lanza con retintín, y sé que se refiere a lo del accidente.

El ascensor llega, de inmediato subo.

—Pero, ¿qué haces? —inquiero cuando le veo moverse torpemente al interior del ascensor, donde solamente estamos él y yo—. ¿No que estabas esperando a la chica que te gusta?

El cojo Valentín parece que no me hace caso, lo miro expectante y al final responde:

—Eso hice.

—Pero ella aún no ha llegado. Se supone que la esperarías, baja ahora mismo y sé un caballero —le presiono antes de que el ascensor empiece a moverse. Él no me hace caso—. Jolines, Valentín, eres cero romántico. Asumo que al menos la llamarás y le dirás que esperaste, pero que debido a tu estado actual no pudiste quedarte más tiempo.

Imperturbable por mi cantaleta él se encoge de hombros.

—No hace falta que ofrezca disculpas.

—¿Cómo que no?! —me exalto como una verdadera dramática.

Él suspira cansado antes de responderme. Su semblante ha cambiado, definitivamente el aire de la oficina es lo que lo hace ser el imbécil capullo que yo conozco.

—No hacen falta disculpas ni que invente excusas o falsos sentimientos a través de una llamada. Nada de eso, Aruba Lecter, ya que la mujer que estaba esperando... —Se detiene como buscando las palabras, yo no le quito los ojos de encima. El ascensor casi llega a su destino y quiero que me diga lo que sea que le está costando pronunciar—. Has estado conmigo toda la mañana... Te esperé. No tengo que disculparme.

Ni Hiroshima le gana a esa bomba que acaba de lanzarme a la cara. Y yo que por lo general tengo algo que decir... en este momento me he quedado muda. No sé cómo es posible, pero creo que soy capaz de sentir su mirar evaluando mi reacción. Gracias al todopoderoso, el ascensor escoge justo ese momento para detenerse en nuestra planta de trabajo, salgo primero con cierta

premura y con la mirada perdida, sin darle ninguna respuesta a Valentín.

Entro a la oficina y apenas y saludo, las chicas me sonríen, especialmente Maite y Céline, pero no puedo devolverles el gesto. Me siento en el escritorio y no levanto la cabeza, incluso cuando por primera vez en mucho tiempo, Valentín saluda al llegar.

Las respuestas de las chicas son inmediatas y no ocultan lo extrañadísimas que están por ese saludo mañanero no habitual. Como no tengo valor ni ánimo de mirarle más la cara a mi jefe, me concentro en encender mi computador e iniciar mi semana laboral.

La mañana avanza y en la oficina únicamente se escuchan los teclados trabajando. Maite me ha llamado y ha preguntado si estoy bien; le he dicho que sí. Más tarde me encontré con Céline quien me ha acusado de estar pálida, como quien ha visto un fantasma. Para tranquilizarla sonreí como de costumbre y le conté algo sobre un nuevo libro que me estaba leyendo. Ella dejó de evaluarme en cuanto le comenté de las escenas morbosas de la historia. Es un mal de la oficina, a todas nos gustan las novelas eróticas y más de una ocasión hemos leído un mismo libro a la vez.

Logro olvidarme de todo mientras repaso los recursos que usaremos en la presentación de hoy: reviso el material visual y los objetos tangibles, también monto los espacios a usar en la mesa y enciendo el aire, de esta forma me aseguro de que el lugar esté climatizado para cuando llegue el cliente. Me concentro tanto en mi deber que incluso paso por alto el hecho de que no he comido nada sólido durante lo que va del día. Levanto la cabeza de mi computador a la una cuarenta y cinco de la tarde y me encuentro con que la oficina está vacía. Las chicas están en su hora de almuerzo y no regresan hasta dentro de quince minutos.

Mi estómago ruge en el momento justo en que el teléfono de mi escritorio suena, lo levanto sin fijarme en el número.

—Aruba, no has comido nada hoy. —La voz de Valentín a través de la bocina termina de romper mi concentración. Dejo de hacer lo que estoy haciendo y enfoco mi mirada en él, a través de la distancia y los cristales de su oficina. Está sentado mirándome fijamente, no lleva el saco, únicamente su camisa y corbata—. ¿Será que acaso estás en paro alimenticio? —pregunta con ganas de molestar.

—Valentín, la verdad es que no. Lo que pasa es que mi jefe me pone muchas obligaciones, es un jodido desconsiderado —comento para fastidiar un poco. Desde la distancia logro apreciar el levantar de una de sus cejas. Se acerca el teléfono más a los labios, por lo que sus próximas palabras llegan susurradas.

—Soy tu jefe —acota sin ninguna muestra de diversión, me hago la sorprendida a lo de que es mi jefe y ahí lo escucho exhalar con fuerza—, salgamos a comer juntos.

Su invitación igual de rara e inverosímil que las palabras que expresó esta mañana en el elevador. No tengo ánimo para aceptar esa invitación, ni para quedarme a solas con él en alguna mesa de un restaurante.

—No puedo, aún me faltan cosas que agregar a la presentación...

—Aruba...

—Valentín... —le interrumpo quitándole peso a sus palabras.

—Graciosa, no me estás evadiendo, ¿verdad? —No respondo, pero saco mi mirada de la suya. Le escucho respirar fuerte antes de continuar—: Había previsto tu respuesta negativa, por consiguiente, he pedido unos emparedados para que comamos algo antes de entrar a la reunión. Te ordeno que comas, no quisiera que te desmayaras en la junta. Buen provecho, Aruba. —Cuelga.

Yo trato de seguir concentrada en los últimos toques de la presentación, y lo logro por los pelos. Dejo todo listo sobre el escritorio y recibo al chico de *Pedidos Ya*. Los emparedados han llegado calentitos y con una pinta maravillosa. Para no verle la cara a Valentín, le indico al muchacho, luego de darle propina y las gracias por traer la comida, que deje la otra parte de los bocadillos en la propia oficina de mi jefe.

El delicioso sándwich de pavo y lechuga resulta como un orgasmo para mi famélico cuerpo. Pero con cada mordida que doy las palabras que dijo Valentín en el ascensor me martillean el cerebro.

"... esa mujer que estaba esperando... Has estado conmigo toda la mañana".

Me atraganto con el sándwich y maldigo. Debo controlarme, no dejar que las emociones me sobrepasen, y mucho menos las causadas por palabras dichas por Valentín. No hoy, con esta junta tan importante que supone un avance para nuestra carrera y el nombre de la empresa. Esta noche, o mañana, le podré enfrentar y mandarlo a la mierda a él y su flirteo.

Todo lo que ha dicho después de que le atropellara no es más que un galanteo absurdo, probablemente implementado para incordiarne y hacerme rabiarse, pero no es eso lo que está sucediendo. Los sentimientos son una cosa rara y pueden surgir cual musgo en una roca, a sabiendas de eso, más me vale que le ponga un alto a Valentín y sus mierdas.

Termino de comer, en eso las chicas regresan de su almuerzo, hablo un momento con ellas y luego me pongo manos a la obra. Voy al baño, lavo mis dientes y peino mi cabello, retoco mi maquillaje y regreso por mi ordenador portátil y mi maletín con toda la información de la junta.

Valentín, igualmente arreglado con su traje azul marino y camisa blanca con corbata, encabeza la salida de la oficina. Aún cojea, pero mucho menos que ayer.

Llegamos al lugar de reunión sin dirigirnos la palabra. Él y yo no nos habíamos llevado nunca bien fuera de la oficina, sin embargo, en el trabajo somos una pareja dinamita.

La reunión empieza con un vídeo mudo de su hermana Clara, pasando sus dedos sobre las hojas en braille de una revista. Durante el cortometraje ella sonríe y muestra varias expresiones; como el asombro y el interés genuino por algo que supuestamente lee con sus dedos en las hojas de papel que sostiene. A mi lado Valentín pone la voz y describe en breves palabras lo que nos pidió la compañía contratista. De la introducción pasamos a los objetivos, descripción de proyecto y a los análisis de mercado. Con cada nuevo punto a exponer, nos explayamos en detalles hasta plantear toda la información de nuestra propuesta. Como último paso develamos los diseños para invidentes, y las opciones para sordomudos. Valentín, como una persona que tiene una hermana ciega domina cada segundo de la presentación con respeto y comprensión.

La satisfacción del cliente es revelada de inmediato con un: "gracias, eso es lo que estaba buscando". Desde ahí entra nuestro jefe en acción, con los abogados y se firma el acuerdo que unirá las dos compañías.

La reunión se acaba a las cinco de la tarde, aunque realmente podemos regresar a la oficina a las seis y cuarto. Ya el contrato había sido cerrado y el cliente quiere que empecemos a trabajar algunos proyectos sencillos para San Valentín. Escuchamos y anotamos lo que pide, y para cuando regresamos a la oficina, esta se encuentra desolada.

Mi jefe se sienta de golpe en su escritorio, al parecer se fatigó mucho. Por mi parte siento lo mismo, no veo la hora de regresar a casa, comer algo y descansar. De repente como si me hubiese leído el pensamiento, Valentín me llama:

—Felicidades, excelente trabajo el de hoy.

—Eres tú quien debe ser felicitado —reconozco su gran entrega en que este proyecto

estuviera lleno de la realidad que vive una persona discapacitada, en un mundo donde, por lo sentidos lo venden y lo compran todo.

—¿Me estás invitando a tomarnos unas cervezas? —añade con cierta diversión.

—No, no cometo un error dos veces, una vez lo hice y casi llamas a la policía porque te acosaba. Me quedó muy claro aquello que dijiste: no sales con colegas.

Ríe y luego responde:

—Las cosas y las personas cambian, Aruba. Vete a casa. Debes estar agotada.

—Lo haría, pero soy tu chofer, ¿recuerdas?

—Tomaré un taxi, vete. Pon ese cuerpecito tuyo a descansar; prepárate una buena cena y recuéstate en esa exuberante y confortable cama que tienes.

—Ya que insistes, no negaré que mi cama es justo lo que necesito —afirmo soñadoramente.

—Adelante, y otra vez felicidades y gracias por el trabajo realizado. —Me encojo de hombros, no he hecho nada tan importante—. Ah, y cuando estés en tu cama no pienses mucho en que hace una noche dormimos juntos debajo de las mismas sábanas —finaliza Valentín con mirada enigmática.

—¿Ehhh? ¿Y como por qué tendría yo que recordar eso? —me aventuro a preguntar sin mucho interés, estoy agotada.

—Está demostrado que los olores traen recuerdos, tomando eso como referencia y la *posibilidad* de que aún no hayas cambiado las sábanas, es que puedo asegurar que un poco de mí sigue en esa cama. —Frunzo mi nariz en un gesto de disgusto—. Suena loco, pero tiene sentido. Y para que te sientas bien, he de reconocer que yo sí pensaré en ti desde que salgas por esa puerta, ahora ¡largo!

Escucho lo que ha dicho, mas no lo analizo. Agotada recojo mis cosas y me encamino hasta la salida sin despedirme.

Voy al ascensor y bajo hasta mi coche sintiendo el dolor en mi nuca por el agotamiento. Con cuidado aprieto y masajeo el área donde se une mi cuello con mi hombro, un día de trabajo duro, sin duda, pero no es solo eso lo que me tiene tan tensa y estresada... es que mi cuerpo necesita que le dé alegría, cosa que por el momento lo veo bien difícil.

Una vez frente a mi auto le quito el seguro, entro y dejo mi maletín a un lado. En automático pongo la llave en el encendido y prendo el vehículo, me pongo en marcha para salir. A punto estoy de irme del edificio cuando mi parte de buena gente, esa que todos dicen que saqué de mamá, me grita que no es justo que deje al cojo Valentín solo.

Y sin darme cuenta, aparco el coche de nuevo. Me quito la chaqueta dejándola a un lado, salgo del vehículo y vuelvo a subir a la bendita oficina. El aire se apaga automáticamente a las siete de la noche en todo el edificio, es una forma de asegurar ahorro de energía. Siento el cambio de temperatura al avanzar directamente a la oficina de Valentín para decirle que le esperaré... al llegar a la entrada casi se me baja la glucosa, la bilirrubina y hasta las bragas al verlo.

Valentín de los *endemoniados* Santos, está con la corbata suelta y la camisa desabotonada frente al computador. Él levanta la mirada y al ver que soy yo, se queda como si nada, no hace ni el más mínimo movimiento para cubrir su torso.

—Has vuelto —comenta concentrado en lo que sea está tecleando.

—Y ya me arrepiento. —No le miro más de lo necesario—. ¿Te puedes cubrir?

—Hace calor. —Es su contestación acompañada con un encogimiento de hombros.

—Mentira, está fresco aquí. —Espero un momento por alguna reacción a mi pedido de que se

abroche la camisa, pero él ni se inmuta—. No importa, vine a decir que te esperaré allá abajo. No tardes.

Como no aguanto la presión de su desnudez, me voy de regreso al coche. Media hora después le estoy dejando en su casa, el viaje de regreso al residencial totalmente en silencio de ambas partes. Durante el retorno consideré que debía decirle dos o tres cosas a Valentín, también decidí que lo haría hoy mismo. Con esa idea aparco frente a su casa y me giro en el asiento del coche para enfrentarlo, sin embargo, él me detiene.

—Aruba, ya sé que quieres hablar. —Me sorprendo con su iniciativa, pero la aprovecho, si él copera las cosas serán más fáciles.

—Así es, hay unas cuantas cositas que quiero aclarar...

—Hablaemos, pero no hoy, ambos estamos agotados y no voy a terminar este día con una mala conversación. Descansa y hasta mañana.

A pesar de mí misma, no refuto sus palabras. Le dejo marchar, al fin y al cabo, yo tampoco estoy en posición de discutir ni mi propia entrada al cielo, si tuviera que hacerlo. No obstante, mañana sin falta he de saber cuál es el juego que quiere jugar Valentín conmigo y, por qué.

EPISODIO 7

¡ACHÚ!

Es el décimo segundo estornudo de Valentín en los últimos tres minutos, es obvio que no está bien y que ha pillado un resfriado.

Me levanto de mi escritorio y voy a la cocina, tomo su reconocida taza de uno de los gabinetes y en ella vierto agua caliente. Taza humeante en mano me dirijo a su escritorio, la coloco frente a él junto a un sobre de té de farmacia.

—Bébelo, mamita ha dicho que es muy bueno para la peste que traes.

—Agradece a tu madre por mí. —Vierte el sobre en el humeante líquido y da el primer sorbo—. Gracias por traerlo.

—Lo que sea, deberías considerar irte a casa y descansar.

—¿No te importa que te deje sola con los pendiente que nos asignaron?

—No. De todos modos, no eres muy funcional con tantos estornudos. Por mí puedes pedir permiso al jefe y marcharte.

—Pues termino este reporte y me voy a casa. Gracias.

—Ya.

Octubre 25.

Según el horóscopo chino: el año del perro.

Una semana después de intensas lluvias, en la ciudad se ha desatado una ola de resfriados común.



“MI MÚSICA, Y SU LLAMADA”

Hoy es en realidad el tercer y último día en que Valentín y yo debemos estar juntos, después de hoy estaré libre de culpas sobre aquel accidente. Sin embargo, ya son pasadas las tres de la tarde y aún no lo he visto.

Esta mañana, al levantarme, encontré en mi teléfono un mensaje de WhatsApp de él:

"Hola, Aru. Nos vemos en la oficina".

Sus palabras escritas son tan reducidas como las habladas, y la verdad es que ese mensaje de alguna forma me ha robado el sosiego. Desde anoche que lo dejé en su casa a hoy; algo ha cambiado y por más que lo analizo no logro dar con qué pueda ser. Llego a la oficina a mi hora y efectivamente él está allí, entre un montón de papeles, correos y llamadas. A la hora de la comida rechazo almorzar con las chicas, esperando encontrar una oportunidad para hablarle. Hasta que de la nada aparece Alexandra, la pesada encargada de la división financiera. Alexandra es una de esas personas un poco bipolares y ególatras. Es bonita, eso no se puede negar, pero hablarle puede ser una especie de ruleta rusa en que no sabes cómo te contestará; si bien y toda amable, o te matará con alguna mala respuesta. No obstante, ella y Valentín parecen entenderse la mar de bien, tanto que los dos se van juntos a comer.

Desde que le vi salir con esa estirada y superficial mujer, se me cerró el estómago. No he comido nada y no tengo hambre, estoy llena de enojo y resentimiento contra ese hombre que un día flirtea conmigo y al siguiente su *noviecita* viene a buscarle para almorzar. Es obvio que *mi jefe* está libremente pasando de mí. De ahí que le doy la bienvenida al regreso de los malos deseos para Valentín. Ahora con fuerza renovada le pido al cielo, como cien veces en menos de una hora, que tanto él como su novia se atraganten con un hueso de pollo y así terminen su *"comidita romántica"* en el hospital.

No es como que estuviera esperando nada de él... bueno, sí... esperaba que habláramos y me

diera una respuesta. Sin embargo, con sus actos de hoy creo que me daré por respondida.

Respiro hondo y me tranquilizo, no está bien que me ponga sentimental en la oficina, cabe la posibilidad de que mis chicas sientan y se ahoguen con mi mal humor. Logro relajarme antes de que todas vuelvan del almuerzo; inclusive Valentín, quien regresa con su novia y se tranca en la pecera a "trabajar".

Las chicas se alborotan con lo que están viendo, el jefe sonriendo y siendo amable es un acontecimiento del cual vale la pena murmurar.

—*¡Esa debe ser la susodicha de finanzas!* —Tenemos un grupo de WhatsApp y el mismo está reventando de comentarios. Yo incluso aporté mi granito de arena y despotricó un poco en contra de "la parejita".

Alexandra no sale de la oficina hasta después de las cuatro treinta de la tarde y al marcharse su mirada se enfoca en mí de una forma que no me parece correcta, mucho menos cuando medio sonrío. No le devuelvo el gesto, simplemente por capricho y celos. Sí, estoy celosa como un demonio. Aunque lo intenté, en solo dos días... mejor dicho: en menos de 72 horas, empecé a dejarme llevar y a ver a Valentín de otra manera.

Mea culpa.

Si bien me cuesta admitirlo, he de reconocer que Valentín es guapo, no importa que sea un maleducado y malhablado, ese defecto para nada le quita lo sexi y atrayente de su atlético físico y su inteligente temple. Es un hombre profesional de los pies a la cabeza, y de esa misma forma "profesional" lo imaginas tendido en tu cama. A mí me gusta su físico como a todas las mujeres de la compañía: en secreto y con ganas. Y en los últimos días pasó de disgustarme a encantarme su personalidad fuera del trabajo, esa en la que sonreía y se podía hablar con él sin miedo a una respuesta mordaz.

Actualmente me encuentro en la copiadora, perdida en mis pensamientos hasta que le veo acercarse, desde que registra mi presencia en el estrecho cuarto de copiado, intenta alejarse. De la nada se me ocurre hacer un comentario afilado:

—¿Puede ser que te estés escondiendo de mí?—Da la vuelta y en solo dos pasos de sus largas piernas se acerca demasiado, lo que ocasiona que me tenga que pegar a la copiadora.

—No. No lo hago. Es que ya no necesito una enfermera. Nuestra tregua y tus servicios de cuidadora ya han terminado.

—Entiendo, debes estar necesitando cuidados más específicos, que solo te los puede dar tu noviecita de finanzas. Gracias por liberarme de mi responsabilidad para contigo.

¡Coño! Me muerdo la lengua al ver que me he pasado de la raya, por su parte Valentín arquea una ceja.

—Voy a ignorar tu comentario digno de un Lecter. —Se aleja pasando su mirada por todo mi cuerpo, con cierta malicia en los ojos—. Tráeme a la oficina las hojas que he impreso.

Se retira con su espalda recta y su andar inmutable, y yo vuelvo a desear que cuando se duche resbale, se golpee la cabeza y se levante pensando que es una gallina y quiera poner un huevo. Al instante el pensamiento me divierte y me levanta un poco el ánimo. Recojo las copias de Valentín y se las llevo a la oficina. Únicamente quedamos él y yo, todas las chicas salen siempre primero que nosotros. Él recoge los documentos que dejo de la mejor manera que puedo en su escritorio. Planeo salir de ahí lo antes posible, en mi retirada frunzo la nariz al sentir aún el perfume de Alexandra en todo el lugar.

—Aruba, ayer tenías algo que decirme y parecía importante, toma asiento y te escucho. —Me detengo de salir por completo de la pecera, para responderle todo lo de frente que puedo.

—Ya no hace falta, gracias al cielo el día de hoy trajo claridad a mis pensamientos.

Él acepta mi respuesta y se concentra en sus papeles. Salgo de su hedionda oficina con la cara roja de enojo. Trabajo unos minutos más en terminar una idea y enviarla por correo. Al concluir con mi jornada me marché directo a casa.

Conduzco por la concurrida calle de la ciudad hablando con mamá y papá. Están de vacaciones en el Caribe, exactamente en la isla a la que debo mi nombre, Aruba. Ambos la han pasado de maravilla y dicen que aún les queda toda una semana para disfrutar de la paradisíaca escapada. Terminamos la llamada con sonrisas y diciendo cuánto nos amamos.

En el momento en que arribo a mi departamento la noche ha empezado a caer. Subo desganada y voy directo a mi cama que es el único lugar donde quiero estar después del día de mierda que he tenido; en el que aparte de darme cuenta de que me atrae mi rival con fervor, también he tenido que verle con otra. En días como este, una lo que debe hacer es ir al mar e intentar dejar un poco de sal entre las olas, porque esto, de Dios, no puede ser.

Me sobresalto en mi cama al despertar de repente, son las nueve y media de la noche y he dormido como dos horas. Me levanto con Valentín de los Santos en la cabeza, *jodido imbécil*. Quisiera no pensarle, mucho menos recordarle en mi cama donde definitivamente y tal cual él lo dijo, su aroma se quedó impregnado. Esto que me está sucediendo es lo que uno obtiene cuando deja de ver a un hombre como más que simple carne, y lo empieza a mirar con ojos de atracción. Los desfavorables y oportunistas sentimientos siempre están listos para meterse bajo tus sesos y poco a poco llevarte a la locura.

Resignada miro en dirección al balcón de la habitación y una melancólica sensación me invade al ver la lluvia caer, llueve a cántaros, hasta con truenos y rayos. Me ducho con el agua tan caliente como para pelar un pollo y me pongo un cómodo y *sexy* pijama.

Me gusta la lencería sensual, incluso cuando no tengo un novio para que la vea, la compro y la tengo disponible para mi disfrute, porque me lo merezco y porque lo valgo, además de que, la sensualidad es para mí como un deporte. Y es que no se es *sexy* de la noche a la mañana, no, debes tener disciplina contigo misma. Decidir usar cosas que te hagan sentir seductora; mostrar esas estrías con orgullo, a mí me da igual que las vean cuando me pongo un bañador, comprarte esa loción de cuerpo que te induce a pensar cosas eróticas, a vestir esa minifalda o pantaloncillo que muestra tus piernas, a llevar colores diferentes, tacones y cuero. Cuando decides ser y sentirte atractiva, bien te puedes poner un saco, —*tal cual lo hizo Marilyn Monroe*^[4] *en un momento de su vida*— y aun así tu autoestima estará igual de fuerte como cuando vistes ropa bonita. Lo atractivo empieza en el interior y lo refleja el exterior.

Ahora llevo unas bragas de satén negro que deja la mitad de mis nalgas descubiertas y un *top* de algodón gris, a medio vientre y sin sostén.

Voy a mi cocina y me pongo manos a la obra: *al mal tiempo un plato de pasta, que las penas con pan son menos*. Prendo el fuego, pongo música y me abro una botella de vino. En el exterior la torrencial lluvia cae sin parar, mientras en el interior de mi cómodo y calentito hogar me dejo llevar por mi lista de reproducción de *YouTube*, esa que he nombrado " *Fuck the Word*". La lista es un compendio de reguetón, *rap*, *hip-hop*, y algún que otro *dembow*.

Meneo la pasta y el culo al mismo ritmo, porque mujer cocinera que se respeta se imagina que es Beyoncé o Rihanna, y monta su real concierto imaginario, con coreografía de esas que se te cae una cuchara y te agachas con el culo en pompa, como toda una diosa sensual.

Cuando la pasta ya casi está lista y a punto de ser servida, mi música es interrumpida por un mensaje entrante. Tomo el teléfono y me quedo mirando la notificación emergente. Es un

mensaje de Valentín. Me divido entre responder o no, ganando el: *ni leerlo*. Ignoro a conciencia el móvil y regreso a remover mi bechamel. Ya no estoy de tan buena leche, porque, ¿qué quería él de todos modos? No lo sé, pero tampoco me importa mucho. ¡Qué se joda! Sigo en lo mío como puedo y menos de un minuto después el teléfono vuelve a sonar, esta vez es una llamada directamente.

Acepto la llamada pretendiendo ser amable y fría, pero mi respuesta nada tiene que ver con lo que pretendo, lo que en verdad sale de mis labios es un fuerte:

—¿Qué quieres?

—Abre la puerta, he venido a hablar. —Su voz llega igual de clara que si estuviera frente a mí.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos. —Justo ahora estoy tratando con mucha fuerza el mantener la compostura de una persona desinteresada.

—Dime eso a la cara. —El toque de alguien pegando a mi puerta me impresiona—. Estoy frente a tu entrada y no me iré hasta que abras.

Blasfemo enojada con él, porque encima del día que me dio, viene a mi casa a romper mi momento feliz con su molesta intromisión. Camino hacia la puerta para como dice él: en su cara mandarlo a la real mierda y sacarlo de mi vista.

Esta noche termina el juego de Valentín de los endemoniados Santos conmigo y mis sentimientos. Hace tres años me juré que no me acercaría a él más de lo necesario. No me hice caso a mí misma y ahora está pasando esto.

Mi objetivo actual es sacarlo de mi camino a como dé lugar y luego volver al mío, sin complicaciones ni sentimientos absurdos.

EPISODIO 8

¡Hemos sido ascendidos!, estoy que me trepo por las paredes de emoción. Al salir de la reunión las chicas improvisan una pequeña fiesta al enterarse de que ahora seré oficialmente la subgerente del departamento.

—¡Enhorabuena! —es el grito colectivo. Hay globos en tonos azules y una copa plástica llena de lo que creo es champán llega a mis manos. La celebración dura un rato, luego a las chicas se les ocurre que comamos todos juntos. Acepto, pero Valentín no. Sin embargo, antes de que dejemos la oficina él acerca sus labios a mi oído derecho y me susurra:

—Felicidades, Lecter, te lo mereces. Ya muero por escucharte llamarme "jefe".

Estamos solos, las muchachas me esperan abajo. Picada me doy la vuelta, lo tomo por la corbata e imito su acto anterior, hablándole tan cerca que mis labios rozan su oreja.

—Sabía que tanta amabilidad no era buena. Imbécil.

Salgo de su cercanía, pero pasa mucho tiempo hasta que logro deshacerme de su colonia y sus palabras. Jodido Valentín...

Noviembre 30.

Según el horóscopo chino: el año del perro.

Reasignación y promociones de talento humano dentro de la compañía.



“MI PASTA, Y SU CONFESIÓN”

Abro con el teléfono todavía pegado a mi oreja. Valentín entra como si lo hiciera a su propia casa. Cierro la puerta más fuerte de lo necesario y al girarme lo encuentro sacando el chubasquero de su cuerpo, quedándose en un chándal y camiseta sin mangas.

—El cielo se está cayendo allá afuera... —Empieza, pero se detiene de hablar pasando sus ojos por todo mi cuerpo. Mierda, estoy vistiendo lencería frente a mi jefe y él ni corto ni perezoso me lo tira a la cara—. Buena elección de ropa para un día lluvioso. —Sus palabras acompañadas de una sensual y sutil mordida de labios.

Lo ignoro dándole la espalda, esta es mi casa y en ella visto lo que me da la gana, si él no quiere ver que se largue.

—Huele bien aquí, ¿estabas a punto de cenar? ¿De casualidad queda un poco para mí? Estoy hambriento, hoy no he comido bien.

No le respondo, no porque no tenga mucho que decir, es solo que ahora mismo prefiero mantener mi lengua viperina tranquila. Voy a mi cocina, divido mi cena en dos y llevo ambos platos al comedor. Valentín, sin que se lo pida, toma de la encimera la botella de vino y la copa, junto a los tenedores. Coloca todo en la mesa, la copa en el medio de los dos platos. Relleno el cristal con el ambarino líquido de uva... sin embargo, antes de que pueda tomarla, él la levanta y bebe un trago largo, luego me la ofrece. Me niego en silencio a compartir mi copa con él. Cuando intento levantarme para traer otra, vuelvo a sentarme de golpe al notar esa mirada de hombre caliente en mis piernas.

Mi madre siempre ha dicho que las tentaciones no son buenas, por primera vez le hago caso y no hago nada para mostrarle a Valentín más de mí. Cenamos en silencio, al terminar seguimos compartiendo la copa. Un fuerte relámpago cae y de repente queda la ciudad entera a oscuras. Yo chilló una maldición por el repentino ruido y posterior oscuridad.

La luz del nuevísimo móvil de Valentín es lo único que ilumina nuestro alrededor.

—He venido para que hablemos y tú no has dicho una palabra, ¿será que te has acobardado, Aruba?

—Aquí el único cobarde eres tú, jodido...

—Sin insultos, que no he venido mojándome desde casa para que lo hagas.

—No sé a qué has venido, bien lo dijiste esta tarde "*ya no necesito una enfermera. Nuestra tregua terminó*"—imito su voz lo mejor que puedo—. Y si no te acuerdas, deja y te refresco la cabeza: tú y yo no somos amigos.

Él sonrío y toma todo de mí no abofetearlo y sacarlo de mi casa.

—Si me lo hubiesen dicho antes, no lo hubiese creído. Eres celosa y posesiva, me gusta.

—No estoy celosa, jodido Valentín. Por lo que, si has venido a molestar, vete ahora mismo de mi casa... Sal de mi camino.

—No me voy, a lo que he venido es a confesarme.

—Pues has venido al lugar incorrecto, esto no es capilla, ni yo sacerdote.

La luz de su teléfono se apaga, cuando vuelve a encenderlo él está parado a mi lado, con una mano en el borde de la mesa y la otra sobre el espaldar de mi silla.

—En eso tienes razón, aunque mi confesión no es del tipo católica, es más bien una confesión... carnal. ¿Tienes idea de lo que me ha costado todos estos días, el no hincarle el diente a tu culo redondo o besarte hasta que se me quiten las ganas de ti?

Me quedo de hielo, boca abierta, mi cerebro igual que las televisiones cuando un canal está fuera de servicio...

—¿Qué coño dices? —Se me ocurre esbozar—. Deja de decir cosas como esas, son absurdas y de mal gusto.

—No hay nada absurdo ni de mal gusto en lo que te acabo de decir. Aruba, hace mucho que quería decirte esto, solo que no encontraba la forma ni el momento, pero entonces me atropellaste y yo... no sé si lo sabes, soy un tonto...

—No, eres idiota.

—Es lo mismo, aunque ese no es el punto.

—Realmente ese siempre ha sido el punto. Eres un imbécil en el trabajo, uno que siempre me molesta y al que ya me había acostumbrado. Entonces de la nada tú cambias y vuelves todo un despelote gordo y enredado. —Paro de hablar cuando pasa la punta de sus dedos sobre la piel de mis brazos, dejando un reguero de fuego que calienta mi sangre. Más que nada queriendo ser fuerte, no me permito disfrutar de eso, no cuando pienso que sus manos hoy estuvieron tocando la piel de Alexandra.

—Para el carro ahí, tú también tienes culpa, no quieras lanzarlo todo en mi plato. Hazte responsable de esto... —Nos apunta a los dos—. ¿Tú crees que yo la he pasado bien?, pues no. Ni de cerca. Yo te...

—Sea lo que sea que vayas a decir, detente... —advierto mientras me levanto, alejándome con pasos seguros. No me puede ver el culo en la oscuridad—. No quiero escucharte, me ignoraste todo el día y obviamente Alexandra no tiene ese problema contigo. —Camino hasta la puerta y le abro para que se vaya—. Ya está bueno de juegos. Sal.

La luz del celular de Valentín se ha apagado, en la oscuridad apenas se puede ver las siluetas de las cosas inclusive de él. Llega hasta donde estoy y con un solo movimiento cierra la puerta. Intenta tomarme de la mano, pero me resisto. Siendo él una pared de músculos me levanta sin mucho esfuerzo sobre sus hombros y antes de que pueda siquiera quejarme, me encuentro en una posición comprometedoramente sobre mi sofá: mis manos entre las suyas, mis piernas abiertas y entre

ellas su ardiente cuerpo.

—Vamos a hablar claro tú y yo, mujer torturadora: no tengo nada con Alexandra, es lesbiana y somos amigos. Segundo, debes dejar de insultarme mientras vistes lencería tan corta, porque eso me pone durísimo.

—¡Valentín! ¿De qué coño hablas? —Intento gritar, pero solo su nombre sale como planeo, el resto es un gemido de necesidad al sentir lo duro que definitivamente está.

—Hablo de que me gustas, de que apenas y puedo dejar de verte el culo en la oficina, y que me pones cachondo como nadie. De eso hablo. —Cada frase acompañada de una caricia de sus manos por mi cuerpo, enloqueciéndome al instante. Mis traidores pezones florecen y duelen por su cercanía, mi piel está necesitada y Valentín se le antoja perfecto para saciarla—. Quiero saber qué opinas, pero no sé si pueda respetarte por mucho tiempo. Te estoy dando tiempo de que me mandes al diablo... no lo hagas, y deja que esta noche me quede a dormir.

¡Ostias! Eso sí que no me lo esperaba, ni tampoco lo de Alexandra siendo lesbiana. En el mismo momento en que su súplica apasionada sale de su boca. Mi cerebro —que si fuera un partido político tuviera hasta bragas del rostro de Valentín como candidato—, registra que no hay problema, si él no tiene novia quiere decir que esta noche yo me lo puedo *disfrutar* como me venga en gana... y muchas ganas sí hay.

Me freno en mi propia piel...

No es mi cumpleaños ni soy una mujer caprichosa, pero hay algo que quiero... es grande, fuerte, guapo y mide 6 pies de alto. Lo tengo a la mano... entonces por qué no aceptar su reclamo...

El freno me dura menos que un estornudo. Adjudiquemos mis actos a la oscuridad, la lluvia de fondo, el roce de sus manos o el beso que deposita en la comisura de mis labios; aquí no hay jefe, ni hay nada que nos detenga, solo somos dos personas que han descubierto la atracción por la persona menos pensada... cuando ese beso en la comisura de mis labios funde mi resistencia, no me detengo y giro mi rostro para que el próximo sea en toda la boca.

Él gruñe de aceptación y las cosas se ponen clasificación D, "*solo para mayores de 18*". Abro más mis piernas y con ellas me cuelgo a su cintura, entre tanto, nuestras bocas tienen el primer contacto íntimo. Su sabor, el caliente de sus labios y los movimientos de su lengua experta son todo lo que necesito para perder el juicio. Valentín besa como un maldito dios, con firmeza y maestría.

Le respondo ardiendo en los jugos de mi necesidad por él. Me froto sin vergüenza alguna contra su polla, metiendo mis manos debajo de su camiseta que en menos de lo que cae un rayo, logro sacar de su cuerpo. Voy a muerte por los pantalones, quitando los botones y bajando la bragueta... Estoy encendida por él.

Se levanta de mi cuerpo un segundo y al siguiente me toma en brazos, me sigue besando y me lleva a la cama. La luz ha vuelto, por consiguiente, soy dejada en el borde de mi colchón, Valentín se aleja para cerrar las cortinas del balcón. Le observo y me percato de que se ha quitado los zapatos, la visión de su media desnudez me hace mojar las bragas.

Bajo toda la luz de la recámara, él ni corto ni perezoso se empieza a deshacer de los pantalones, sin dejar de mirarme... Abro la boca y la cierro. Valentín de los **enormes** Santos queda desnudo frente a mí y mi entrepierna grita de placer al ver el grosor y el tamaño de su miembro.

Agarra esa dura vara entre sus manos y la acaricia una vez caminando directamente hacia mí. Seducida por sus movimientos y su duro cuerpo me pongo de rodillas en la cama y le espero para

fundirnos en un beso que habla de deseo envejecido y ansioso. Nos comemos los labios como si hace años que nos conociéramos de esta forma, cuando la verdad es que hoy es la primera vez que lo beso, sin embargo, aquí estamos usando labios y lengua para llevar al otro a un dulce infierno.

No sé por qué no me cohíbo ni me muestro escrupulosa, al parecer el efecto que Valentín tiene sobre mí va más allá de mojarme las bragas. Me ha liberado la mente, lo que me hace consciente solo de él y de lo que quiero que hagamos aquí y ahora. Nada más que pasión cabe en esta habitación y entre los dos.

Lo sostengo entre mis manos, frotándolas por su enormidad; a veces suave, otras más rápido y algunas ocasiones más apretado. Su piel es firme y está en llamas, paso mis palmas por su torso cual bloque de cemento y voy bajando y bajando.

Por su parte Valentín se ha cargado mi camiseta, literal, la ha desprendido y roto en mi cuerpo, ahora intenta sacarla de mi torso luego de destruirla. Con mis tetas libres él coge mis pezones entre sus dedos acariciándolos con suaves pero certeros toques. Respiro entre quejidos sin dejar de agitar su falo. Encierro su glande en mi palma con una única intención de por medio, él parece entender lo que quiero, levanta su mirada a la mía y detiene mi mano en su vara:

—Aru, no hagas eso, o me correré en tus manos —me advierte acariciando mi rostro, su mirada está encendida y sus labios hinchados por los besos.

—¿Te recuperas rápido? —inquiero acercándome un poco a su cuerpo, mi mano aún lo sostiene y lo acaricio con lentitud.

—Por ti tendré mi erección lista y cargada en segundos, no notarás que me he corrido. — Levanta mi barbilla y me besa con fiereza, se ha puesto tan cachondo que los músculos le han empezado a transpirar y, maldita sea si eso no me pone como una gata en celo, su aroma ahora es por mucho más intenso... y a mí me encanta.

Le devuelvo el beso, me alejo un momento, pongo su frente contra la mía, la mano que sostiene su miembro recupera el ritmo anterior, él maldice con su mirada en la mía, sonrío y le doy una orden clara:

—Pues entonces dámelo, córrete, quiero ver el espectáculo completo.

El ritmo de mis manos por toda su erección; primero suave, luego medio rápido hasta que él me susurre al oído: “métele caña, nena” y eso hago. Con la mirada encendida dice que le gusta mi toque. Esto es lo más caliente que he hecho en mi vida entera. No suelo ser una mujer pudorosa, pero nunca una experiencia me había encendido a este nivel sin siquiera empezar la penetración.

No soy la única que está jugando sucio aquí, Valentín acaricia mis pechos y mi entrepierna al mismo compás que mis toques. No llevo bragas y el roce de sus dedos envuelto en el húmedo satín de mi pijama me vuelven loca. Abro más las piernas y gimo sin piedad cuando su dedo corazón toca el punto exacto de mi alegría. Nos miramos como dos perversos, disfrutando de la intimidad hasta que ya no puede aguantar la liberación

—Joder, Aru, sigue así, nena, sigue así...

Siento en el momento preciso que la liberación empieza a fluir por las venas de su pene, su cremosidad sale de su cuerpo como una flecha y cae directamente sobre el límite de mi pijama y mi muslo. El caliente fluido se desliza por mi pierna y él descansa su cabeza en mi hombro. Aún lo sostengo entre mi mano y tal como lo prometió, sigue más duro que la situación del país.

Valentín me levanta entre sus fuertes brazos y en un parpadeo paso de hincada a acostada. Está fuera de sí, incontrolable, ansioso y despeinado por el roce de mis dedos en su cabello. Me

río de placer al saber que es todo de mi creación. Cada reacción anormal de este hombre toda para mí.

Completamente desnuda bajo su mirada, mi piel se eriza de emoción y la risa muere en mis labios cuando él se acuclilla, abriendo mis piernas y llevándome más cerca. Me da un poco de vergüenza el que observe mi parte más íntima, pero no la suficiente para que me aparte. Las ganas de tenerle eclipsan cualquier otro pensamiento coherente.

—Vamos a devolverte el favor que me acabas de hacer.

El primer lametazo, en el punto y la dirección exacta, es un aviso de que esto terminará pronto. Valentín mete su cabeza ahí, con toda la intención de atiborrarse. Lame, chupa, besa y frota sin clemencia mi clítoris, que se ha convertido en un punto de energía nuclear el cual se activa cada vez que él lo atiende... cosa que no para de hacer.

No transcurre mucho tiempo hasta que no puedo contener las sensaciones y la satisfacción más grandiosa que haya experimentado. Valentín sí que sabe cómo lamer y comerse el melón, sin llenarlo de baba y sin hacer daño.

—¡Jodido Valentín! —exclamo cuando me penetra con su dureza envuelta en un condón que apareció como desaparecieron sus zapatos. Mis ojos se voltean en mi cabeza en el instante en que la liberación más salvaje que he tenido se apodera de mi cuerpo. Culmino deshaciéndome en un millón de pequeñas estrellas, los espasmos se extienden desde el punto de nuestra unión hasta todas mis extremidades en un delicioso y placentero tembeleque.

Vuelvo de mi viaje astral, ligera, pero aún con hambre frenética de su enorme y caliente vara que retoma el moverse en mi interior. Sin perder tiempo me da el postre que se adivinaba cuando empezamos a toquetearnos. Soy calor, no cuerpo, con cada empuje de esa inclemente polla en mi interior, gimo como loca y me importa una mierda si los vecinos me escuchan, esto está demasiado bueno y perfecto como para callarlo.

Cambiamos de postura, me coloca sobre mis manos y mis rodillas, a gatas. Él regresa a mi húmedo e hinchado interior sin ningún problema.

Giro mi rostro para encontrármelo concentrado en su tarea de darme placer. Culmino una vez más y él no para, vuelve a cambiar de postura. Le monto con las piernas temblando, aferrada a sus hombros jugando con su glande: dentro, fuera... solo la puntita y luego entero. Lo descontrolo con mis juegos, él agarra mi nuca y me obliga a bajar a sus labios, nos besamos, y como en un sueño los dos llegamos a la cima, lanzándonos en un charco de deseo.

Caigo sobre su cuerpo apenas despierta, laxa y sin fuerza ni para separarnos. Me dejo hacer cuando tira la manta sobre mi cuerpo y me aferra a su pecho.

—Descansa un poco, nena. —Con esas suaves palabras me arrulla y besa mi sien.

La inconsciencia más dulce se apodera de mi cuerpo y me rindo al sueño entre los brazos de Valentín. En la paz del momento me doy cuenta de que soy muy mala para mandarlo a la mierda...

EPISODIO 9

RING-RING

—Por favor, papá, guárdame un poco de tocino de cielo para mañana —imploro a mi padre mientras me alejo del ruido familiar para contestar la llamada.

—¿Sí?

—¿Aruba?

—No, la vieja Belén. Quien más, Valentín, este es mi móvil.

—Claro, mira te llamo para preguntar si has recibido el correo del cliente de Sarasota.

—Es Navidad y me estás llamando para trabajo, ¡estoy de vacaciones!

—No del todo, responde.

—¡Qué sí, jodido Valentín! Lo he recibido.

—Pues ya está, sigue haciendo lo que sea que hacen los Lecter en estas fechas.

—Matar y comer.

—Pues eso... ah y para que no digas que solo te llamé por trabajo; te deseo feliz Navidad.

Dic 25.

La Navidad pasada.

12:005 am, ya no es Noche Buena.



“MI DIFÍCIL CAMINAR, Y SU SONRISA”

Pensé que en mi vida nunca más tendría que hacer un examen de selección múltiple, sin embargo, desde que desperté esta mañana, «dolorida en los lugares precisos de una forma deliciosa y satisfactoria» mi cabeza no para de hacer esos análisis con múltiples posibles respuestas. Odio que mi mente haga eso y más después de la noche pasada. Llovió toda la noche y Valentín y yo... pues, nos pusimos a tono con el húmedo exterior, más de tres veces.

Sí, señor, quizás hemos sido rivales por muchos años debido a opiniones, ideas y deseos encontrados, pero anoche nos llevamos tan bien, tan de acuerdo y en sintonía que asustaba. Es debido a eso que la primera pregunta que me he hecho al despertar ha sido: ¿Por qué no está Valentín en la cama?

A) *Se escapó.*

B) *Se arrepintió.*

C) *Se escondía.*

D) *Todas las anteriores y algo más...*

No respondo ni esa ni las doscientas mil vainas que me llegan a la cabeza, concentrándome en no presentarme tan tarde en la oficina. Tarea en la que fallo torpemente.

Aparezco una hora tarde, saludo mirando mi silla de reajo. Me tengo que sentar y digamos que después del ejercicio XXX que hice toda la noche, la acción me cuesta un poco demasiado.

Me siento de a poquito, me duelen los muslos, la entrepierna y las nalgas. El buen sexo exige cierta flexibilidad y posturas que al otro día cobran factura y de las que no me arrepiento para nada. Cuando al fin logro el objetivo respiro de alivio mientras enciendo el computador. Valentín no está en su oficina, lo sé, no porque haya mirado en dirección a la pecera sino por la falta de su aroma en el aire. Maite, que cuando él no está se vuelve un alma libre pululando por los escritorios ajenos, se para a un lado de mi cubículo y Candy en el otro.

—¿Qué te pasa, Aru?, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué preguntas? ¿Tengo cara de enferma? —respondo a Maite tocando mi rostro. Ha de ser la falta de maquillaje lo que me hace ver rara.

—No, más bien tienes carita de cansada, tienes ojeras y te cuesta sentarte, ¿abusaste del gimnasio anoche? —continúa Candy.

—No, la verdad es que con ese chaparrón que hubo, no salí de casa.

—Yo tampoco, me quedé en mi sofá comiendo sopa china y viendo vídeos *craft* de Facebook. —Candy es adicta a esos vídeos de consejos y trucos de cinco minutos, en su mayoría falsos e inservibles.

—Si no hiciste ejercicio y vienes caminando extraño, dime: ¿te pasaste la noche follando?

Cuando esa pregunta sale de la boca de Maite, quiero que la tierra se abra y lanzarme con Dante por todos los infiernos, arrastrando a mi amiga y compañera de trabajo por la lengua. Colorada, sí, yo misma que no soy mujer de sonrojarme, ahora miro a todas partes cual niño atrapado con los bolsillos y la boca llena de dulces robados. Mi mirada va específicamente a la pecera y respiro aliviada, aún no llega.

Tal parece que mi expresión ha revelado algo a estos buitres femeninos y ríen lentamente antes de seguir hostigándome. No puedo detenerlas porque yo hago exactamente lo mismo cuando percibo algo extraño en ellas.

—Joder, jefa, tú sí que te la montas bien. —Céline se une a la ronda de preguntas acosadoras ofreciéndome mi taza de té—. Folleteo bajo una noche de lluvia, *el sueño americano* de todas.

—Confiesa ya, has estado rara todos estos días —exige Maite

—Sí, como cuando estás coqueteando con alguien que te gusta mucho —añade Candy.

—*Shh*, cállense ya. Viejas chismosas parecen las tres. —Intento reprenderlas porque no quiero que Valentín llegue y escuche toda la conversación.

—Que sean cuatro. —Se suma Sam, sentándose en mi escritorio con una carita de pícaro incorregible.

—No has negado nada de lo que hemos presuntamente deducido, por lo que muy lejos no podemos estar; debe ser un nuevo macho.

—Vamos, Aru, al menos dínos si el susodicho pretendiente es el que te ha puesto a caminar como vaquerita. —Ese comentario logra que me ahogue con el té. Me ven toser y esa es su respuesta a lo del origen de mi mal caminar y sentarme.

—¡Ay caramba! —Céline se emociona—. ¡Cuenta los detalles! —exige la secretaria de dirección, quien toma un sillón con ruedas y se sienta a mi lado.

—¡¿Pero qué les pasa?! Claro que no les diré nada. Es un asunto personal...

—*Wow*, alto ahí, Aru, mis bragas son un asunto personal, tu romance es combustible para el equipo.

—Siempre comentamos la jugada de los posibles polvos, confiesa ya —aclara Sam, lo que dice es un hecho real. Aparte de llevarnos bien en el trabajo, somos amigas y hablamos de todo, lo bueno, lo malo y los polvos.

No hace mucho pasamos una semana consolando a Céline, quien después de varias citas con un chico al cual conocía desde la universidad, se llevó una decepción enorme al descubrir que el pobre muchacho no había desarrollado todo su cuerpo bien. Según ella era tan pequeño aquello, que casi se queda dormida en el acto. Para que no sufriera, todas bromeamos sobre el *pintalabios* del pretendiente y le tranquilizamos, no era su culpa que el pobre no estuviera bien dotado.

—Confiesa rápido. Ni que sea con Valentín de los Santos que te lo estás montando para estar tan cerrada.

—¡El jefe! No, qué va. Aunque esté muy buenorro y últimamente saluda y hasta sonrío un poco, no creo ni por un segundo que ese hombre tenga madera para follar y dejar a uno con incapacidad, es demasiado fino para llegar a ese nivel de guarrería.

Dejo la taza a un lado y me levanto de la silla, diciéndoles interiormente « ay, si supieran el nivel de guarrería que sabe hacer nuestro jefe, morirían lentamente » .

—Bueno ya, regresen al trabajo y déjenme tranquila. Me he caído en el puto baño esta mañana y me he golpeado fuerte. Por eso es que he llegado tarde —les miento como mejor puedo, y funciona. Sus semblantes cambian de inmediato a algo preocupadas.

—Coño, Aru, haberlo dicho antes, ¿estás bien? Esas caídas en el baño son peligrosas.

—Estoy bien, no se preocupen. —Me sienta fatal el mentirles y angustiarlas, pero es eso o contarles que anoche Valentín y yo fuimos los protagonistas de una porno... nuestra porno—. Ahora vamos a hablar de trabajo, San Valentín es el sábado y como ya habrán notado esta mañana les llegó su invitación formal para la fiesta. Ese evento será también el lanzamiento del nuevo diseño de la compañía. —Abro mi tableta en una presentación específica. La presentación es la distracción que uso para no poner mis ojos en Valentín que acaba de llegar—. Otra cosa que notarán es que a cada una le he dado una cartera de clientes, necesito que reúnan los datos solicitados sobre cada uno de ellos.

—Como les ha dicho Aruba, estaremos en el ojo del huracán este año, más que los anteriores, por ende, las quiero a todas guapísimas para asistir a los clientes que les hemos asignado. Trabajaremos de la mano con Relaciones Públicas para que el evento tenga mayor impacto social. Justo ahora me acabo de reunir con ellos y cuentan con nosotros. —Valentín agrega ese nuevo dato a mi discurso y su voz y semblante es el mismo de siempre, como si anoche no me hubiese taladrado el cuerpo hasta hacerme gritar su nombre de alegría y satisfacción.

—Jefe, lo de guapas ya lo tenemos logrado. Usted tiene un departamento florecido cual Edén.

—Había serpiente en el Edén, Maite. —Ellas ríen con el comentario, él no lo hace con los labios, pero sí con la mirada—. Aunque para ser justo, reconozco que es cierto; ustedes son un grupo de bombones.

Las chicas flipan con el halago coqueto de su jefe, quien jamás había dicho vaina igual. Las risas femeninas seguro se escuchan a dos cuadas de aquí.

—Es su cumpleaños ese día ¿verdad, jefe? —lo cuestiona Candy, yo me muevo un poco más lejos de Valentín sin mirarle de frente.

—Así es, Candy, será mi cumple, ¿me van a regalar algo? —Otra broma de esa voz grave y divertida.

—Pues descartando el cincel que teníamos para moldear su cara de cemento, ahora que veo que se puede reír buscaré algo más. —Maite, que es la más temeraria, junto a las demás se queda boca abierta con la declaración de Candy. Yo aguanto la risa, ya conozco eso de ella... a veces habla sin pensar.

—¡Caramba! Definitivamente ustedes están en el equipo adecuado, son un mar de creatividad —él hace silencio un momento y las chicas se relajan—, pero a veces se pasan tres pueblos —las reprende con razón—. Volviendo a lo de mi cumpleaños y si quieren regalarme algo, dejen que la señorita Lecter lo elija, ella sabe lo que me gusta.

Con esa declaración que me sonó como puya, porque *delante de ahorcado no se puede mencionar lazo*, me dispongo a volver a mi escritorio. Valentín se dirige a la pecera y las chicas se dispersan como por arte de magia. Respiro de alivio y me siento a duras penas, evitando la mirada del jefe desde su escritorio.

Con todo el trabajo que tenemos para el resto de semana no tengo tiempo de pensar mucho en cualquier otra cosa. Llega la hora del almuerzo y mi celular vibra con un mensaje, en la notificación emergente veo dos signos de interrogación de Valentín. Lo he ignorado adrede todo el santo día. Abro la notificación y mi estómago se aprieta.

"Hola nena, ¿comemos juntos?, hay un restaurante cerca al que podemos ir."

La cordial y sutil misiva reaviva mi ansiedad, esa que todos sufrimos cuando no tenemos la seguridad de si estamos haciendo algo bien. Hacer el amor con mi jefe, de aquella forma, abrirme de piernas y dejar que tocara cada centímetro de mi cuerpo ha sido temerario. Anoche fue perfecto, pero ahora no sé qué hacer.

No le respondo, porque estoy llena de incertidumbre de lo que se supone que hagamos ahora, ¿seguir viéndonos?, ¿follar ocasionalmente y a escondidas, mientras tenemos que trabajar juntos? La verdad es que soy la que no está segura de que lo que pasó anoche haya sido bueno... no para nuestra convivencia. Tengo mucho miedo de que esta relación se convierta en algo dañino para nuestra carrera, para el equipo y nuestro futuro. En mi afán de no verle, me uno al grupo de chicas y huyo de la oficina dejando atrás mi teléfono celular.

Lo que pasó en mi departamento fue, sin duda alguna, el mejor encuentro sexual de mi existencia. Valentín y yo nos entregamos con todo, aparte de que probamos hasta la encimera de la cocina. Pero con la claridad de un nuevo día me he convertido en un pozo oscuro de dudas. Nada más allá de que me gusta el condenado, está claro. El sexo no lo es todo, hay más cosas y aunque haya visto potencial en él en los últimos días, no puedo ser tonta y desviar mi camino por atracción a un hombre, que como quiera que sea, sigue siendo mi jefe.

Comemos en la cafetería de la compañía, las chicas cotorrean alegres despotricando de las personas que han conseguido "enamorarse" antes de San Valentín. Yo apenas y pruebo mi ensalada de quinua. La hora de almuerzo pasa sin más que algún comentario subido de tono entre estas mujeres y algún suspiro por su jefe que se ha sacado "el palo del culo" y cada día es más guapo que el anterior, con su sonrisa y su mirada alegre. Ellas aseguran ahora están locas por "manosearlo".

Al volver al trabajo me concentro en la creación de unos bocetos dejando en la tarea parte de la frustración del día. Las dudas y el sustito de mi actual situación no me abandonan ni un segundo, aun más cuando se está acercando la hora de que los dos nos quedemos solos.

Insegura de qué hacer, decido enviarle una nota por correo a Valentín, diciendo que me iré antes porque tengo un compromiso. Huyo de la oficina con el resto de las chicas y respiro de alivio al llegar a casa... y con solo poner un pie en el interior me basta para cuestionarme si he tomado la mejor decisión. A donde quiera que me muevo encuentro a Valentín, y eso no es lo que necesito, no cuando le empiezo a extrañar. El haberlo tenido tan cerca anoche y hoy ni siquiera haberle echado una mirada, me molesta.

Mi teléfono vibra, detengo mi rueda de pensamiento, lo levanto y hay otro aviso de mensaje.

"Aru.

¿He hecho algo malo?

Hoy no me has mirado siquiera, y esta mañana me dejaste en leído.

Es que quizás... ¿Te he hecho daño?"

Vuelvo a dejarlo en leído, por puro pavor a decir o hacer algo en que se puedan transparentar mis emociones y quedar en evidencia. Moriría de vergüenza si él se enterara que, desde que lo atropellé, ha despertado en mí esa atracción silente que ha habido siempre y que lo de anoche ha sido como leña a un fuego que se niega a morir.

Prefiero que crea que lo ignoro por sabrá Dios qué motivos, a que me diga en la cara: "no te equivoques, esto es solo sexo".

Llegan otros mensajes, los cuales leo e intento analizar a fondo. Quizás mañana esté lista para hablar con él, pero hoy solo me dejaré llevar por la inconsciencia sobre mi cómoda cama con aroma a sexo y a Valentín.

EPISODIO 10

Entro a mi oficina rabiando como un demonio, odio que las cosas salgan mal por el descuido de otros, y lo que acaba de suceder ha sido un error imperdonable...

—Valentín... —Su voz rompe a través de la bruma de mi aturdido cerebro, ella debe estar igual que yo en el interior, pero no lo demuestra tanto—. Debes calmarte, las chicas no tienen por qué sentir esta mala vibra. —Con un vistazo de su rostro me basta para calmarme un poco, miro fuera, a través de los cristales y ciertamente el equipo se nota tenso.

—Lo siento, es solo que ha sido una chapuza y una mierda tras otra, advertimos sobre esto antes y no nos hicieron caso.

—No ganas nada encolerizándote, mejor has esto: piénsalos a todos suspendidos por los huevos...

—Aruba, no es momento para juegos...

—No estoy jugando, a mí estas cosas me funcionan. —Se acerca a mí, tanto que soy atrapado por el ardor de su mirada—. Venga ,inténtalo.

Hago lo que me dice. Es un absurdo, pero el pensar a los inútiles en la lamentable situación que ella plantea, es en verdad gracioso.

—Dime algo, ¿cuántas veces le has hecho eso a mis bolas? —Sonríe y es inevitable no hacer lo mismo, aunque no lo exteriorizo.

—Eso es un secreto que me llevaré a la tumba.

—Eres malvada...

Marzo 16.

Año pasado.

Antes de conversar con su mejor amigo Yordi.



“MI CLARA DECISIÓN, Y LA SUYA NO TANTO”

«Aruba Lecter es una cobarde, ha huido, se ha escapado de la situación sin mirar atrás.».

¿Que si estoy cabreado? Digamos que si me cortan con un bisturí no botaría una gota de sangre roja.

Lo que me pasa con mi subgerente, es algo que no puedo evitar. Es de esas chicas que llegan a tu vida como un camión enorme y te atropellan, dejándote en el suelo casi muerto por ellas.

No me había prendado de esa mujer el primer día que la vi, tampoco lo hice al segundo ni al tercero. Este afecto nació de la nada, entre las cuatro paredes de esta oficina. Comenzamos juntos el trabajo en la compañía y ya sea por como la traté el primer día, o simplemente porque tenía una vena competidora enorme, pero se encargó de derrotarme en algunos proyectos. Ese ha sido nuestro modo de operar: uno hace algo y el otro lo intenta superar. A pesar de los muchos encontronazos que hemos tenido, al otro día ella aparecía radiante y renovada. Y eso me ponía como una moto, verla pasear con su pelo en largas ondas castañas, su culito de gimnasio apretado en una falda de tubo, oliendo a flores y a sol y con ese labial casi neutro resaltando sus carnosos y perfectos labios. Aruba es sexy, no por como vista ni por como mueve sus benditas caderas, es algo que lleva tatuado en su ser. Amo con locura su mirada de maldad con la que me grita: “hoy es mi día y te aplastaré sin piedad”, a ella nunca la verás caer sin luchar y jamás de lo jamases la verás frustrada.

Entonces emergió esta atracción delirante, en la que cada nueva semana anhelo llegar a la oficina solo para verla caminar por ahí, con su despiste natural que le sienta tan bien y que más

de una vez me ha puesto duro. Sí, la misma mujer que aquel día me invitó a por una cerveza y que yo rechacé por algún motivo estúpido. Me ha estado volviendo loco; día y noche, dentro y fuera de la oficina. Para mí es lo que muchos llaman: el jodido amor platónico.

En el tiempo que llevamos laborando juntos, he conocido algunas cositas sobre ella; es buena amiga, amante de la música y el baile, una defensora de los más débiles, empática, testaruda, nunca termina una dieta, ama la pasta y sus plantas preferidas son los cactus. Aparte de eso, sabía que durante su adolescencia fue hospitalizada por apendicitis y que no le gustan para nada los chocolates. En la oficina luce y es muy profesional, fuera de ella la cosa cambia, es un alma libre y aventurera.

Descubrí al poco tiempo de tratarla que sus reacciones más naturales, fuera de la *cortesía-hipócrita-laboral*, eran producto de algún enojo. A partir de ese conocimiento convertí el acto de enfurecerla en lo mejor de mi día, una especie de deporte que me gustaba a rabiar.

A veces me sentía como los niños cuando les atrae alguna compañera del cole y la molestan para llamar su atención. Hacía exactamente eso, y tenía planes de seguirlo haciendo hasta que ella empezara a notar que yo era más que el cabrón de su jefe.

Durante estos tres años la he visto con malos ojos, esa mujer me encanta, pero era imposible acercarme a ella, no cuando yo me había convertido en su rival/jefe... y quién sabe qué más. Hace aproximadamente un año la escuché hablando de sus ligues y, los celos me volvieron un ogro. Gracias al cielo que la señorita Lecter nunca se enteró de nada, ni siquiera de que por casualidad de la vida yo había comprado una casa cerca de su edificio.

Respondía a mi cercanía o presencia si me pasaba de la raya, solo así tenía su atención y era única y exclusivamente para mandarme a la mierda, con mapa y todo para que no me perdiera.

La primera vez que puse mis sentimientos por ella en palabras, fue a través de una conversación telefónica con mi mejor amigo:

—Yordi, tengo que contarte algo, he conocido una mujer y me gusta.

—¡Ole! Eso está genial, dime ¿cómo es ella?

—No lo sé... es guapa.

—Sí, pero... ¿guapa cómo?

—Guapa, guapa de verdad.

—No te estoy siguiendo, ¿guapa como la rubia que estabas viendo la última vez?

—No, no es como ninguna, ella es guapa porque se siente así, porque camina, respira y decide serlo. Es guapa porque no sigue una dieta, ni se queja de su cuerpo ni de las libras que marca su peso, es guapa porque sonrío de adentro, porque tiene talento y no se deja vencer por nadie...

—Ay, tío, yo que tú tendrías cuidado, estás poetizando y describiendo a una supermujer. Esa mínimo es loca, bajo medicación, o celosa maniaca.

—No, no es nada de eso. ¿Sabes? Hay personas que deciden vivir sin dramas, que son fuertes de espíritu, ella es una de esas.

—Pues aquí en España no abundan mucho, ¿te acuerdas de la Mari? Esa que era mi mujer ideal. Uff, no sabes lo infiel y putona que ha salido. Si me hubiese casado con ella hoy no pudiera caminar de los cachos.

—Te estoy hablando en serio, Yordi.

—Y yo también, tío. Exteriores vemos, locuras no sabemos.

Después de esa pésima conversación bajé la guardia con Aruba, además de que en esos días ella estaba saliendo con un elegante hombre, que la venía a buscar a la oficina al menos dos

veces por semana.

Pretendía olvidarla y lo intenté. Dicen por ahí que en la vida todo pasa... pasan los años, los proyectos y los sueños... sin embargo, puedo decir que eso no aplica para todo, los sentimientos hacen todo lo contrario y más cuando los alimentas con la visión de ese ser pensado. Así que, sí, transcurrieron meses y la atracción seguía ahí enterrada en mi pecho.

Entonces hace unas noches atrás me atropella, me lleva a su casa y la veo portando un vestido demasiado tentador para un pobre diablo como yo. Interpreté todo lo sucedido como una señal. Era demasiada coincidencia que habiendo tanta gente en el residencial fuéramos nosotros los que nos viéramos envueltos en ese accidente. Desde que la vi preocupada por mí, encontré en esa noche, en ese atropello... mi pase para acercarme a la señorita Lecter. Ella no come gente como tal, pero su mirada la hace parecer como si fuese capaz de eso y más.

Aproveché el momento y platicué con ella cosas sugerentes, lo de quedarme en su casa no fue planeado, pero cuánto lo agradezco. No dormí ni una hora aquella noche, me quedé mirando su perfil y escuchando su respirar, su pelo tocaba su mejilla y sus labios se mantenían igual de apetecibles aun dormida. Pensé tantas cosas debajo de esas sábanas, que me olvidé de que estaba magullado por su choque.

Ese domingo con mi familia, fue magnífico y ni por un segundo me arrepiento de haber mentido un poco y forzarla a salir de su casa. Estaba golpeado, no obstante, no era tanto como para no conducir. Luego, Clara también se prendó de su persona y verla bailando junto a mi hermana se llevó el último gramo de cordura que me quedaba. Empecé un coqueteo con ella y lo llevé hasta lo último.

No tengo ni una vena de despistado, tenía claro que consiguiendo que ella dejara atrás su preconcebida idea sobre mí, notaría que detrás de toda la niebla de nuestra mala relación estaba yo. Un hombre con sangre en las venas, que se calentaba por ella, un hombre que la admiraba, como profesional y como mujer.

He trabajado en varias compañías y he visto a damas como ella escalar, pero nunca de forma limpia. Esas señoras se acuestan con el viejo dueño y al día siguiente son ascendidas. He vivido eso en carne propia, el acoso laboral de una empleada a su superior, gracias al cielo nunca he caído tan bajo para aceptar esas cosas. Cuando la conocí justo venía de una desagradable situación que no quería volver a experimentar nunca, y cuando me enteré de que trabajaría con un equipo femenino, levanté mis barreras y me hice ver como un ogro.

Aruba es diferente, ha sabido mandar a la mierda a algunos cuantos. No lo ha dicho ella, lo han dicho ellos cuando tienen la oportunidad de comentarme que tengo una fiera por compañera.

Nuestro superior la aprecia un mundo, por su honestidad y lo profesional que es.

Ahora me he enterado de que la muy cobarde se alejará de la oficina hasta el sábado para atender una petición de nuestro jefe. Me molesta el no haber sido consultado antes, sin embargo, lo que más me molesta es que después de haberle escrito tantos mensajes y llamarla incansablemente, Aruba no ha respondido y me ha dejado en visto.

La incertidumbre de no saber qué está pasando por su cerebro me vuelve loco. Yo sé lo que quiero y estoy seguro de ello, pero con esta mujer nunca sé en qué lugar estoy parado.

En el interior de lo que ellas llaman "la pecera" le escribo un último mensaje de WhatsApp de al menos ocho líneas:

"Sé que debes estar confundida. Yo también lo estoy.

Estoy confundido sobre el tiempo, la política, la economía y el mañana, pero de lo que pasó entre nosotros, no. Estoy claro de lo que siento por ti.

Por favor no tomes una decisión sin antes pensar en mí... en nosotros.

No saldré de tu camino tan fácil.

Ahora más que antes estaré donde menos lo esperes, puedes apostar por eso.”

Lee el mensaje de inmediato, espero unos minutos, pero la respuesta que estoy anhelando no llega. Maldigo mi suerte de enamorarme de una mujer tan complicada, ¡el que tenga nombre de caníbal alertaría a otros! Y aquí estoy yo, babeando por sus huesos.

Antes de la noche pasada me hubiese podido quitar de su camino y mantenerme al margen, incluso volvería a ser el insoportable jefe y todo eso. No obstante, aquel día fue esclarecedor, ella se puso celosa y uno solo cela lo que le importa. Posterior a eso hicimos el amor y fue la cosa más apasionante y perfecta de toda mi vida. Ver mi blanquecina liberación marcando su piel es algo que no olvidaré nunca y de solo imaginar a algún otro maldito intentando hacer lo mismo con ella, se me altera la vena del odio.

Intento volver a concentrarme en el trabajo lo mejor que puedo sin sacármela de la cabeza. Aruba ha cogido mi cráneo como su patio de recreo, e incluso cuando estoy concentrado en mis labores, su recuerdo en lencería y descalza se filtra en mi conciencia.

Entre un correo y otro que respondo y atiendo, también creo tácticas alternativas para hacerle ver una posibilidad entre lo nuestro... el problema es que lo primero que se me ocurre es atarla y secuestrarla. Me parece un poco demasiado, pero no lo descarto del todo. *El fin justifica los medios* y más cuando se trata de amor.

Dejo mi teléfono a un lado jurando no volver a escribirle de nuevo. Le voy a conceder estos días para que asimile las cosas, sin embargo, el sábado ella y yo nos quitaremos hasta la piel de ser necesario para entendernos. Aunque si dice “no”, lo comprenderé y continuaré mi camino, ante nada, por encima de la atracción y lo sucedido entre ambos no voy a incomodarla ni a acosarla. Eso sí, primero tendrá que decirme a la cara que no le interesa intentar nada conmigo.

Mi padre me enseñó que por el querer se lucha, mas nunca se obliga. Y que lo que no se puede, se olvida, con un poco de trabajo extra, pero todo sana. Por ahora pretendo esperar a que regrese y que hablemos, hasta entonces, de su camino no salgo.

EPISODIO 11

—Había dos rosquillas de caramelo y me dicen que la has cogido ambas. —Detengo a Valentín en su salida de la cocina, lleva una taza de café y en su otra mano un jugoso donut con el tope brillante de caramelo derretido.

—Sí, no entiendo por qué haces tanto alboroto, quedan más en la cocina.

—Valentín, todo el mundo sabe que solo me gustan las de caramelo, todas pasaron de ellas excepto tú...

—A mí también me gustan solo las de caramelo. Ahora déjame tranquilo.

Con la ira nublando mi sentido, impido que se mueva de donde está, me arrimo a su cuerpo acorralándolo contra la pared de fondo, agarro la mano que sostiene la última rosca y le doy una mordida tan grande al bollo, que me llevo casi la mitad en el mordisco... mientras tanto, Valentín mira la escena incrédulo.

Entre un parpadeo y el otro me agarra de la cintura, baja su rostro a mi altura y susurra:

—Si quieres acercarte a mí, no uses rosquillas como excusa, puedes venir a mí y llevarte todas las mordidas que quieras... —Usa uno de sus pulgares para recoger un rastro de caramelo de la comisura de mis labios. Lo veo chupar su pulgar con ahínco y antes de marcharse me entrega su vaso de café—. Toma, sé que te gusta cómo lo hago.

—Me he fundido con el cemento del piso. Él se aleja comiendo lo poco que ha quedado de la rosquilla, mientras yo mastico con dificultad todo lo que tengo en mi boca, preguntándome ¿qué carajo ha sido eso?

*Tres semanas antes del atropello.
Celebración de cumpleaños de Maité.*



“MI SAN VALENTÍN, Y EL SUYO”

El evento de San Valentín fluye como la seda, el director de la compañía está rozagante de alegría, burbujeante como el champán al igual que los clientes. Me uní a la fiesta cuando ya estaba todo iniciado, venía de otra ciudad y no pude llegar antes. Llevo un vestido de cóctel en un vivo rojo satín, es un poco corto, pero me encanta cómo ciñe mi cintura y acentúa el escote de mis pechos. Mi pelo está recogido en un moño en mi nuca y mi maquillaje brillante pero moderado. Cruzo frente a Valentín quien está hablando con cuatro de nuestros mejores clientes y disfruto cómo su mirada disimulada sigue mis pasos.

No hemos hablado nada de nada, desde que llegué he estado enfrascada en el trabajo, en los clientes del evento y en mi participación de la noche. Aunque le he mirado más veces de las que estoy dispuesta a reconocer, está ataviado en un traje negro, con camisa y corbata del mismo color, su cabello castaño claro perfectamente peinado y su incipiente barba bien arreglada. Está enojado, lo sé sin necesidad de escucharle hablar y más de uno se ha dado cuenta de ello, su ceño fruncido y sus respuestas monosilábicas le delatan.

Llega el momento de mi participación en el evento, nuestro jefe es un poco raro y mínimo disfruta de vernos perder la vergüenza. Resulta que cada líder departamental ha tenido que hacer algún número para animar la fiesta; algunos bailaron, otros hicieron chistes y otros cantaron, la verdad es que lo han hecho bien. La siguiente participación le correspondía a Valentín, pero pedí hacerla yo.

Me entregan un micrófono y las luces se atenúan. Estoy en medio de la fiesta, he decidido no

subir a la tarima, ahí los nervios me corroen y el bendito cerebro se me vuelve puré de patata. Carraspeo antes de encender y llevar el micrófono a mis labios.

Pongo voz sensual y empiezo el espectáculo:

—Buenas noches, damas y caballeros, espero que estén pasando una exquisita velada a nuestro lado... —digo mi nombre y al departamento que pertenezco. Hago un brindis en nombre de la amistad y el buen clima profesional de la compañía, como también brindo por el amor—. Bueno, mi interpretación de la noche tiene doble objetivo... ya verán el porqué. Aaah, antes que nada, pido perdón por no ser rubia.

Sonrío para la audiencia y tanto mis compañeras de trabajo como Valentín me miran absortos, no se esperaban esto. De fondo suena la primera melodía que interpretaré, *Happy birthday*, la versión que Marilyn Monroe dedicó al presidente JF Kennedy.

Happy Birthday to you...

Inicio enfocando mi mirada en Valentín. Nuestro jefe fue quien propuso esto de felicitarlo en público, el “cómo” ha sido idea mía. Camino cantando hasta detenerme frente a él:

*Happy Birthday to you^[5],
Happy Birthday to you,
Happy Birthday Valentine
Happy Birthday to you.*

La música es suave, la misma canción que hemos escuchado toda la vida. Solo que en esta versión la sensualidad la ha convertido en algo sugerente y los silbidos de los caballeros llenan el lugar. No sé cómo interpretar su mirada y su semblante, su rostro es un poema...

Termino esa parte y sin descansar suena la otra melodía. Me alejo de Valentín moviendo las caderas al son de la próxima música, otra de Marilyn: *I wann be loved by you*.

*I wanna be loved by you^[6]
Just you and nobody else but you
I wanna be loved by you alone
pooh pooh bee doo!
I wanna be kissed by you
Just you and nobody else but you
I wanna be kissed by you alone*

Como buena fan de la artista fallecida que soy, hago una especie de baile sencillo y termino la interpretación faltándome el aire. Los aplausos llegan, agradezco y entrego el micrófono. Recibo las felicitaciones de los clientes y los compañeros por las siguientes horas.

Cuando al fin puedo acercarme a mi equipo, la fiesta está avanzada y los clientes están empezando a irse. Por otra parte, los colaboradores después de tanto champán están pletóricos. Maite se acerca a mí junto al resto de las chicas.

—¡Caramba, jefa, te luciste!

—¡No digas nada! Casi muero, me faltaba el aire —reconozco lo sucedido con cierta diversión.

—Lo hiciste de muerte, dejaste en alto la moral del departamento. Ahora te llamarán Aruba Monroe —añade Sam con aprobación.

—¡Eso suena fatal! —me quejo.

—Es lo que tiene la fama. —Frunzo el ceño cuando Maite dice eso—. En fin, nosotras vamos a seguir esta fiesta en otro lugar.

—Sí, vamos a mi casa a ver una película de llorar con mocos, a comer helado, chocolate y *pizza*. —Ahora es Céline quien comenta.

—Yo también me voy, tengo una cita con cierto informático insistente que me está esperando allá afuera —alardea Sam, moviendo su cadera con alegría.

Nos reímos haciéndole un poco del respectivo *bullying* que corresponde en estos casos, con algunos consejos para que Sam tenga una buena noche de San Valentín.

—¿Te unes a nosotras? —me cuestiona Candy.

Niego con la cabeza fingiendo hastío.

—Me quedaré un momento más, tengo algo que tratar con mi jefe.

—Eso puede esperar, vente con nosotras —insiste Maite—, ya está bueno para paripé por un día. Vamos a casa, nos quitamos los sujetadores, los zapatos, estos trapos y no tiramos en el sofá con unas divinas pijamas.

—Ella no tiene brasier con ese minivestido, apenas y le caben las tetas en él. —Candy no se guarda nada.

—Mis tetas caben perfectamente en mi vestido, gracias por su preocupación —les respondo divertida—. Ahora salgan de mi camino y pasen buen resto de San Valentín, las quiero a todas... aunque a veces no mucho.

Despido a las chicas y me quedo donde estoy hasta que las veo salir del edificio.

Una vez que la distracción de los clientes desaparece, me pongo en modo “seducción” así como los teléfonos en modo avión. Tomo mi primera copa del espumoso vino de la noche y le pego un sorbo, mis ojos por encima del cristal claramente puesto en un solo objetivo, Valentín. Ha captado mi interés en él y despide a los últimos clientes apenas poniéndoles atención.

Los últimos días fueron una auténtica tortura, literal. Me dolía hasta la piel de necesidad de él, parecía que mi cerebro estaba en huelga y no me hacía ni puto caso cuando intentaba no pensarle. ¿Que estaba enamorada? Pensé que no, hasta que al segundo día él escribió esas líneas:

“Sé que debes estar confundida. Yo también lo estoy.

*Estoy confundido sobre el tiempo, la política, la economía y el mañana,
pero de lo que pasó entre nosotros, no. Estoy claro de lo que siento por ti.*

Por favor no tomes una decisión sin antes pensar en mí... en nosotros.

No saldré de tu camino tan fácil.

Ahora más que antes estaré donde menos lo esperes, puedes apostar por eso.”

El mensaje fue suave al principio, un poema bonito y sincero, sin embargo, entre suspiros de alegría de mi corazón apretado, noté que las últimas líneas habían cambiado a algo no tan amable... ese tonto Valentín de los jodidos Santos, no tenía paciencia alguna. Era cierto que me fui sin decirle nada y que no le respondía los mensajes, no obstante, lo hice por el trabajo y la petición de nuestro jefe.

Valentín suele ser directo, a veces duro, una persona que demuestra poco, pero de sentimientos fuertes y verídicos. Fue en ese preciso momento, mientras lo justificaba y pensaba en las cosas positivas que veía en él, cuando mi tonto corazón dio un salto diferente a los demás. Me encontré a mí misma mirando a todas partes por encima de mi cabeza, para ver si el ángel de San Valentín estaba en algún lugar cerca.

El infeliz Cupido me había flechado con fervor por un hombre que estuvo frente mi cara

demasiado tiempo y al que nunca planeé querer. Estaba flechada y lo único que hice fue reírme como una loca de ello. Sé lo que vendría a continuación: los calambres de emoción, las risas tontas, el coqueteo, las citas y los nudos en el estómago, mas no en las piernas, seguramente sustituiríamos las miradas de disgusto, por miradas de complicidad... en fin... ¡Bienvenido enamoramiento!

Decidí seguir adelante con lo nuestro a sabiendas de que estábamos involucrando mucho. Pienso que somos profesionales y definitivamente podríamos llevar esto sin que afecte nuestro entorno.

Casi del todo solos en el edificio de la compañía, me muevo seductoramente indicándole con una mirada que me siga. Con pasos certeros en mis tacones de 12 centímetros, me interno en uno de los pasillos que van directo al ascensor. El pasaje está desierto y aprovecho eso para menear mi culo de una forma que le hace maldecir.

Presiono el botón del elevador y de inmediato las puertas se abren. Subo y toco el número de la planta donde están nuestras oficinas. Como lo esperaba y gracias a que se había quedado atrás cerciorándose de que nadie nos siguiera, no le da tiempo a subirse conmigo. Le miro sugerente, sonriéndole coqueta, entre tanto, las puertas se cierran. Tendrá que tomar el próximo ascensor, lo que me da una ventaja de al menos tres a cuatro minutos.

El elevador se detiene en la planta de nuestra oficina. Camino en dirección a la pecera, abro la puerta y me siento sobre su escritorio, llena de energías nerviosas. Mi corazón acelera su ritmo cuando dos minutos y medio después, Valentín se para en la entrada. Se detiene en la puerta y me observa receloso. Veo la intención en su mirada de decir algo mordaz, le hago olvidarse de eso al hacer un cruce de piernas exagerado y hablarle como si trabajara en una *hot line*.

—Antes de que digas cualquier cosa fuera de contexto, deja que oficialmente te felicite por tu cumpleaños. —Paso mi lengua por mis labios.

—Gracias —empieza y tiene que carraspear para continuar—, aunque con la canción fue suficiente. No sabía que podías hacer eso. Me ha sorprendido lo bien que imitas a la rubia Monroe.

—¿Cantar? Claro que puedo, se me dan muuuy bien los micrófonos... —Valentín atrapa lo que quiero decir y su respuesta es pasarse la mano por el rostro. Vale, esto no está yendo como esperaba, ¿por qué él no ha entrado y ha saltado sobre mí?... Oooh, molesto, seguro sigue cabreado por los días que no le hablé. Será mejor que me esfuerce un poco más para ponerle remedio a su malestar—. Oye, Valentín, te he traído un regalo. —Sin escrúpulo alguno abro mis piernas y apoyo cada una en los reposabrazos de las sillas frente a su escritorio, con el acto le dejo ver por un mini segundo de lo que hablo cuando digo “regalo”.

Él se relaja un poco entendiendo que no vine a pelear, al fin termina de entrar a la oficina y no dejo de mirarle mientras se acerca. A una distancia conveniente extiende una de sus palmas y con el reverso acaricia mi pierna, desde la espinilla hasta el límite de mi corto vestido.

—¿Qué te hace pensar que yo quiero un regalo? —me pregunta apretando la mandíbula—. Me ofendes al pensar que soy tan simple. Dime, ¿es que acaso después de trabajar juntos por tres años aún no me conoces nada? Después de tantos encontronazos y momentos, ¿crees que tu “regalo” por más que lo desee, es lo único que quiero?

Está cabreado, más de lo que pensaba, sin embargo lo esperaba. Tal como ha dicho, en tres años nos hemos peleado y enfrentado un montón de veces, en otros casos menos comunes hasta nos hemos cuidado. Pasamos tantas horas juntos que de cierta forma nos conocemos y sabemos cosas el uno del otro.

—No quiero ofenderte, pero es lo que se hace cuando alguien importante para uno está de cumpleaños, le das regalos. Porque te conozco es que he elegido algo que te gusta...

—Aruba Lecter, es que acaso yo... ¿Soy importante para ti? —me interroga aferrando mis caderas para acercarme al límite del poderoso escritorio.

Su mirada no es apta para todo público, hay un huracán de cosas en ella.

—¿Me creerías si te digo que sí? —Esta es quizás la parte más dura de todo esto, hablar de sentimientos. Y es que las personas somos buenas consumándonos: fácilmente podemos hacer el amor, odiar, enojarnos...etc. Pero para hablar de lo que llevamos dentro somos una mierda.

—Huiste de mí —me acusa y tiene cierta razón en hacerlo, como también la tiene al pasear su dedo índice por mis muslos, el roce causa una especie de cosquilla que siento exclusivamente en el centro de mi entrepierna.

—No es del todo cierto, la principal razón de que me fuera fue por trabajo, lo sabes. Lo de no responder tus llamadas y mensajes era porque estaba confundida, pero he vuelto.

—Desde que te fuiste hasta ahora, ¿qué ha cambiado en ti y en la forma de vernos, Aru?

—Digamos que, el jodido Cupido de los cojones me ha flechado. Y esa cosa atravesada en mi pecho y corazón me está volviendo loca... ya no dejo de pensar en mi jefe. —Levanto mis brazos y rodeo su cuello para atraerlo más cerca. Su aroma es un afrodisíaco tan potente que me pone la piel de gallina.

—Umm, de ser así, ¡qué suertudo es tu jefe! —Valentín baja la guardia y me devuelve el abrazo, me mira estrechando los ojos y yo imito su gesto—. Siendo eso cierto... sí quiero mi regalo.

—Lo tendrás, pero antes debemos dejar en claro algo.

—Te escucho —acepta concentrado en mis labios con interés, sus manos van a mi pelo, soltándolo de golpe.

—Quiero que seas mi Valentín —me aventuro a decir.

—Aruba, San Valentín es una vez al año. Me estás pidiendo algo que no me gusta mucho, no soy hombre de dar poco.

—Deja me explico mejor...

—Sí, hazlo. Aunque no sé si lo sepas... lo que espero que digas es que no quieres que salga de tu camino y que vamos a intentar esto entre los dos con el corazón abierto, sin mentiras ni omisiones. No atropellarás lo que sentimos por miedo al futuro. Ya te habrás dado cuenta de que no me gustas desde hace una semana, y sabes que tampoco me daré por vencido tan fácilmente.

—Toma mi barbilla y presiona un ligero beso allí—. Para que estemos claros; de tu camino no salgo.

Se derrite mi corazón en mi pecho, nadando entre cada una de sus palabras.

—Todo lo que has dicho me queda claro y estoy en total acuerdo. No sé cuándo surgió esta afinidad por ti, ha llegado de repente y sin acta de nacimiento. Creo que hay cosas que no necesitan explicarse, y sí sentirse; por eso es por lo que me tienes aquí, pidiéndote que seas **Mi Valentín**, los 365 días del año con sus noches. —Hago una inhalación dramática—. Quién diría que algún día pronunciaría estas palabras: por favor, no salgas de mi camino, Valentín —musito cerquita de sus labios.

Su rostro cincelado se parte en una sonrisa lenta que me pone los pezones en punta.

—Nena, ya verás lo bien que se me da eso, tengo años de experiencia en el arte de meterme en tu camino. Ahora, si me permites... —Se acuclilla y me quita las zapatillas, se levanta y su saco ya no está en su cuerpo—. Voy a abrir y a disfrutar de ese presente que me has prometido.

Desde ese momento nos besamos hasta las sombras, nos perdemos en nuestra propia piel y disfrutamos de esa forma tan febril de entregarnos que tenemos en común. Aun cuando este sentimiento de enamorados es reciente, me llena el pecho y me mueve el piso. En la intimidad de una oficina que más de una vez fue nuestro campo de batalla, Valentín de los endemoniados, enormes y jodidos Santos, es lo único que quiero para concluir feliz este día de San Valentín.

UN AÑO DESPUÉS...

INVITACIÓN DE BODA: ARUBA & VALENTÍN

ARUBA L.

Para: Maite Milanés

12:34 (hace 5 horas)

Pues sí, mi *ciela*, has leído bien el título de este correo... Tus exjefes, ¡se casan!

Y no hay manera de que te vayas a perder tal evento. Te envío esta tarjeta electrónica porque te has ido a mudar al culo del mundo, y seguro que si te mandara esta invitación por correo no llegarías a la ceremonia, aun cuando todavía faltan varios meses.



PREPAREN EL CHAMPÁN...

ARUBA
&
VALENTÍN

¡SE CASAN!



Diciembre 28, 2021 a las 5:00 pm
Recepción para seguir inmediatamente 7:00pm
Jardines de las espinas

CONFIRMANOS TU APRECIADA ASISTENCIA
RSVP: 123-456-7890

Ahora deja de gritar de emoción y coge el bendito móvil para llamarme.

Así me ayudas a elegir qué color de vestido deberé llevar: negro o uno azul medianoche, es que después de las cosas que Valentín y yo hemos hecho, el inocente blanco no es una opción...

Maite, ¿ya ves el lío que tengo en la cabeza? Por eso no puedes dejar de llamar.

Por ahora me despido con amor y cariño:

Besos,

Aruba L.

Especialista en diseño y desarrollo de marca.

Contacto:0987.654.3210



FIN



PARA CONTACTAR A LA ESCRITORA

[Instagram](#)

[Facebook](#)

[Amazon](#)

[WebPage](#)

GLOSARIO

[\[1\]](#) 2017

[\[2\]](#) Andrés Octogenario: es el título de una canción del compositor cantor español Javier Krahe. [Video](#)

[\[3\]](#) 2018

[\[4\]](#) La famosísima actriz de los años 50 fue criticada de mala manera por usar un vestido un poco escotado para una entrega de premios. Una de las periodistas comentó que mejor se hubiese puesto un saco de patatas. Marilyn se puso el saco y se realizó una sesión de fotos icónica, en la que se le ve vestir el saco, cual vestido de marca, demostrando que ella era la que hacía la ropa, no la ropa a ella.

[\[5\]](#) [Video Oficial](#)

[\[6\]](#) [Video Oficial](#)